GERARDO DE AUGSBURGO

Vida de san Ulrico

Vita S. Udalrici

SABBATISMUS

Gerardo de Augsburgo (fl. c. 972–993)
Vita S. Udalrici · Vida de san Ulrico

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Vida de san Ulrico

Como la fama de los milagros de Cristo, que él quiso obrar por medio de su siervo san Ulrico en honor de su santísima Madre María, llamaba muy a menudo a los oídos de muchos, y la duda ocupaba todavía sus mentes, me enviaron mensajeros deseosos de conocer por mis respuestas la verdad de los hechos, y me rogaron que les expusiera en una relación clara lo que yo hubiera podido saber con verdad. Y como tan gran número de preguntadores me había cercado por todas partes con sus preguntas que juzgué no poder dar a cada uno por separado una respuesta escrita, comencé a pensar en silencio dentro de mí cómo, tras indagar con callada diligencia el origen de su nacimiento, podría, descrito su nacimiento, ofrecer en común a todos los que preguntaban y querían leer una relación verídica de la vida que siguió y de su muerte; sin confiar en méritos míos precedentes ni en la agudeza de mi entendimiento, sino esperando en la misericordia de Dios omnipotente, que dijo: Abre tu boca, y yo la llenaré (Sal 81,11); para que por los méritos del dicho obispo se digne dirigir mi entendimiento con el riego del Espíritu Santo y el fervor del fuego divino, de modo que quien me inspiró concebirlo no me retire las fuerzas para acabarlo, sino que me conceda dar a luz en la medida conveniente

lo que tenía destinado en el ánimo; y así estas páginas pongan ejemplos de edificación ante los que aman a Dios, y acrecienten para los que desprecian los preceptos de Dios el provecho de la conversión o la amenaza de la condenación. Confiamos, ciertamente, en que el auxilio de Dios omnipotente asiste a quienes leen estas cosas en el amor de Cristo, para que por medio de su siervo hallen apoyo en este siglo y, con su ayuda, sean conducidos a los gozos eternos.

Ante todo, con la ayuda del Espíritu Santo, no conviene callar el significado del nombre de un varón tan grande y tan excelente. En lengua teutónica la herencia dejada por los antepasados se llama «Altuodal», y «Ric» significa riquezas; por eso Vodalrico puede interpretarse con razón como «rico por la herencia paterna», pues floreció enriquecido con la herencia del Padre eterno, de quien decimos cada día en nuestra oración: Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9), etcétera. A la posesión de esta herencia alienta san Pablo a los que perseveran en la voluntad de Dios, diciendo: Herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom 8,17); y de esta herencia también está escrito: Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le aman (1 Cor 2,9). De su fruto no solo goza él mismo, sino que, mientras vivió en esta peregrinación, atrajo a muchísimos con múltiples consuelos de sus beneficios, y con múltiples auxilios y continuos milagros los introducirá en ella, como se verá en lo que sigue.

I

San Ulrico, pues, de feliz memoria, nació de la excelsa estirpe de los alamanes, de padres piadosos y nobles: su padre se llamaba Hupaldo y su madre Dietpirga. Fue amamantado de la manera acostumbrada y criado con el mayor esmero; pero, aunque su cuerpecito era de talla bien proporcionada, estaba tan consumido por la flaqueza que sus nodrizas se avergonzaban si algún extraño le miraba el rostro. Su padre y su madre se preguntaban por qué padecía tanta delgadez y deformidad del cuerpo, y lo pensaban a menudo; entretanto, en la duodécima semana después de su nacimiento, llegó por casualidad un clérigo desconocido y les suplicó que lo recibieran como huésped algunos días. Fue acogido con benignidad, y estando sentado con ellos a la hora de la comida en la sala de su casa, oyó llorar al niñito en una alcoba y preguntó quién era o de quién; y como ellos, avergonzados de su flaqueza, no querían decírselo, dijo: «Si queréis que viva, destetadlo cuanto antes.» Ellos tuvieron en poco sus palabras y no apartaron al niño de la leche. Al día siguiente, al oírlo de nuevo, dijo otra vez: «¿Por qué no habéis hecho lo que os aconsejé?» Ellos, despreciando todavía su consejo, no le creyeron. Pero al tercer día, oyendo su llanto más débil que antes, les dijo: «Por vuestra negligencia este niñito está siendo entregado a la muerte. Sabed con certeza que, si no lo apartáis del pecho, morirá esta misma noche; pero si lo apartáis, se salvará, y en adelante el Señor mostrará en él algo grande.»

Entonces, por fin, le obedecieron y comenzaron a sustentarlo con otros alimentos. Al punto se recobró y, medrando de día en día, adquirió tal hermosura de cuerpo que sus mismos padres lo contemplaban con gozo y lo mostraban a otros. Alababan al Señor día y noche por la salud del niño y porque les había enviado tal huésped, que conocía el remedio de aquel mal y se lo había dado a conocer. Juzgando por lo pasado lo que había de venir, deliberaron dónde podrían encontrar una vida muy religiosa y muy dedicada a la enseñanza, y, tomado consejo, lo encomendaron al monasterio de San Galo, porque había allí en aquel tiempo una multitud de nobles siervos de Dios, y la religión y el afán de aprender y de enseñar. Fue confiado a un varón religioso, instruido en el arte de la gramática, llamado Waning, bajo cuyo buen cuidado recibió cada día enseñanza de religión y de lectura y la plantó en lo íntimo de su corazón, de tal modo que poco a poco los hermanos advirtieron cuánto crecía en él el fruto de la doctrina, y por eso procuraban con insistencia recibirlo en la comunidad de su hermandad.

Instado a menudo por sus ruegos, pidió un plazo para responder. Entonces fue a pedir consejo a una reclusa que vivía allí, llamada Wiborada; ella le respondió: «Vuelve a verme dentro de tres días y, si Dios quiere, podrás conocer mi consejo.» Cuando él se hubo marchado, ella suplicaba al Señor con devota oración que el día señalado pudiera manifestarle la señal de un consejo cierto y verdadero. Y cuando llegó para recibir la respuesta, le dijo: «Que la duda no ocupe ya tu mente,

porque de ningún modo serás puesto por Dios como padre espiritual para gobernar este monasterio; sino que en la parte oriental, donde un río divide dos regiones, servirás en adelante a Dios en el ministerio episcopal, y en ese mismo lugar habrás de padecer muchos trabajos, tales como nunca los sufrieron tus antecesores de parte de paganos y de malos cristianos; pero todos ellos, con la ayuda de Dios, los vencerás al fin del modo más digno.» Lo que había oído lo confió en gran secreto a los hermanos, templó su insistencia con suave conversación y depuso en su mente toda esperanza del propósito anterior; mas no por eso abandonó el estudio, sino que vivió allí en caridad con todos, hasta que, a su debido tiempo, colmado del doble alimento de la ciencia y de la religión, consolado por la oración común de todos y fortalecido por el amor de la hermandad, fue despedido con cariño y volvió a ver a sus padres.

Ellos entonces, tomando sabio consejo, lo pusieron bajo el señorío de Adalberón, prelado de la Iglesia de Augsburgo, a quien sabían lleno de mucha sabiduría para aquel tiempo, dotado más que otros en el arte de la música y que dirigía junto con el rey casi todo el gobierno del reino. Él lo recibió con ánimo alegre por la nobleza de sus padres y por su buena índole y hermosura, y le encomendó el oficio de camarero. Asumido este oficio, junto con otros beneficios conformes a su dignidad, como era precoz en todo, prosperaba y adelantaba de día en día.

Entretanto quiso visitar los umbrales de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo. Cuando llegó allí, fue bien recibido por el venerable papa Marino, y este le preguntó de qué provincia o ciudad era natural. Él respondió: «Soy natural de la provincia de Alamania y de la ciudad de Augsburgo, y estoy al servicio de Adalberón, obispo de esa ciudad.» —«No te turbes en tu ánimo, hermano —dijo el papa—: ese de quien me has hablado, tu señor Adalberón, ha partido de este mundo, y por mandato de Dios conviene que tú seas pastor de esa misma iglesia madre.» Como él se negaba, le dijo: «¿Por qué rechazas lo que Dios ha dispuesto? Si ahora, en tiempo de paz, te resistes a recibirla intacta y sin devastar, más adelante la recibirás destruida y saqueada en tiempo de turbación, y con trabajo la gobernarás y la reedificarás.» Al día siguiente, sin licencia del papa, por la tristeza de la muerte de su señor y para no verse más apremiado por sus palabras, salió de Roma, volvió a Augsburgo y lo encontró todo tal como el papa había predicho. Entonces Hiltino fue hecho sucesor de Adalberón. Pero este no era de tanta altura que Ulrico quisiera entregarse a su servicio. Entretanto murió su padre, y él, de regreso, tomó a su cargo el cuidado de su madre, recordando el precepto del Señor que dice: Honra a tu padre y a tu madre (Éx 20,12), etcétera. Y con toda la diligencia que le permitían las fuerzas que el Señor le había concedido, la cuidó a ella y administró todos sus bienes.

Quince años después murió el obispo Hiltino, y por gestión de su sobrino, el duque Burcardo,

y de otros parientes suyos, Ulrico fue presentado al rey Enrique; se hizo saber a su alteza la muerte del obispo y se le suplicó que concediera al dicho señor Ulrico la potestad episcopal. El rey, viendo la noble prestancia de su figura y conociendo el saber de su doctrina, accedió a su petición, lo recibió en sus manos a la usanza regia y lo honró con el oficio de pontífice. Hecho esto, volvieron del rey con ánimo alegre, llegaron a Augsburgo y, conforme al edicto real, llevaron a término con mano de autoridad su investidura del obispado. Llegado luego el tiempo de la Natividad del Señor, en el día de la solemnidad de los Inocentes, se celebró su ordenación según el rito acostumbrado.

Al volver de allí a casa tras un viaje feliz, y ver los muros de la iglesia derribados por todas partes y todos los edificios muy arruinados, pues habían sido consumidos por el fuego bajo el anterior prelado, fluctuaba entonces con gran angustia de ánimo y pensaba cómo podría reedificar del modo más conveniente lo que estaba tan enteramente destruido: porque la mayor parte de la servidumbre de la iglesia había sido muerta por los paganos, los poblados quemados y saqueados, y la parte que quedaba estaba afligida por la penosa carga de la miseria. Con todo, procurándose arquitectos y reuniendo una multitud de la servidumbre, comenzó a restaurar con sagacidad lo derruido y a ordenarlo con mucho juicio, esforzándose con gran fervor de ánimo en no desistir hasta acabar lo comenzado. Y cuando aquel varón de gran mansedumbre, aunque con escasos recursos, confiado entonces en el auxilio

divino, hubo concluido con ardor la obra comenzada, se esforzó por adornar todo el interior del templo con toda clase de ornatos, cuanto pudo; y además, recorriendo a menudo con atenta mirada las partes de la iglesia por dentro y por fuera, se quejaba de que la pequeñez de la cripta, falta de luz, y su pobreza le desagradaban mucho, y declaró que, si Dios lo permitía, la construiría de modo más adecuado y decoroso.

Cuando la obra comenzada parecía crecer bastante, a un hermano llamado Ramberto le pareció, en éxtasis de la mente, que debía cantar los salmos con el obispo, como solía, y que entretanto se le aparecía el obispo Adalberón en la parte norte de la cripta, revestido para la misa, y le hacía señas de que se acercara; pero él, cercado por un doble temor, el de su señor vivo y el del difunto, comenzó a mirarlo con espanto. Y al preguntarle Ulrico por qué volvía así los ojos hacia aquel lado, respondió: «Mira, veo a mi señor Adalberón revestido como obispo para la misa, que me llama a su lado.» Y él le dijo: «Apresúrate a cumplir su mandato.» Cuando llegó junto a él, le dijo: «Ramberto, di a tu señor el obispo que recibirá del Señor la recompensa por las oraciones y limosnas que fielmente me ha enviado; y dale esta señal: que Fortunato y yo, si el Señor lo concede, consagraremos con él el crisma el próximo Jueves Santo; y que la obra de esta cripta se va a derrumbar; pero no por eso debe dejar de procurar edificarla en adelante con firmeza. Advierte también a los hermanos que recuerden que, sin violencia y por propia voluntad, prometieron tra-

bajar por mí con oración solícita y asidua, y que no lo han hecho; y si no se enmiendan en esto, sepan que habrán de dar cuenta de ello en la presencia del Señor. Y tú cantarás cada día un salmo por mí, sin descuido; y yo te advertiré de que te enmiendes en esto.» Entretanto el obispo, ocupado en servicios al rey, se dirigió a la corte, y fue retenido allí largo tiempo entre los cortesanos con la honra debida; finalmente, pedida una licencia favorable, regresó a casa y encontró la obra que esperaba ver acabada enteramente caída y derribada, conforme a lo que había anunciado el dicho Ramberto. Entonces, echando cimientos más seguros, la terminó con solidez.

En otra ocasión, en el poblado llamado Waringa, cuando muy de mañana, según su costumbre, procuraba completar la salmodia con el mismo Ramberto, aquel hermano comenzó a agitarse temeroso, con los ojos vueltos hacia atrás. Y al preguntarle él, respondió: «Mira, veo a mi señor Adalberón del mismo modo que lo vi antes, mandándome que le ayude a la misa.» Él se levantó al instante, cerró las puertas tras de sí y salió de la iglesia hasta que terminó aquella visión.

Otra visión, que supimos haber ocurrido por muchos hermanos que lo contaban con verdad, no conviene entregarla al olvido. Un día de Pascua, mientras aquel varón religioso se empeñaba con celo en cumplir el ministerio de los sacramentos, estando presente una multitud de clérigos y haciendo de cantor un presbítero llamado Heilrico, apareció una diestra que santificaba los sacramentos junto con la diestra del obispo. Ter-

minada la misa, el dicho Heilrico lo siguió a su cámara, cayó a sus pies y, con menos cautela de la debida, refirió aquella visión en presencia de laicos. Él le respondió: «Más te habría valido callar esto que decirlo.» Pasmado por esta respuesta, se apartó de él y se sentó en el comedor que está delante de su cámara, y al punto sus ojos comenzaron a derramar lágrimas en gran abundancia, y en aquel llanto permanecieron hasta quedar del todo privados de la luz de este mundo.

II

En otra ocasión, en la noche que precede al santo día de la Cena del Señor, oyó como en sueños una voz que le decía: «Obispo Ulrico, has de saber que hoy recibirás huéspedes.» Y despertado por la voz, comenzó a pensar quiénes serían aquellos huéspedes. Y cuando volvió a dormirse, oyó las palabras de uno que le hablaba: «Los ojos del Señor han visto tus oraciones y tus limosnas, y por eso has sido encomendado a tus dos antecesores, Fortunato y Adalberón, para que hoy y en adelante, en estas sagradas solemnidades, te asistan cuando celebres los sagrados misterios y los bendigan contigo.» Llegada la mañana, cumplidos como es costumbre los demás ritos, y estando alrededor los órdenes de los ministros, mientras consagraba los sacramentos, él mismo y algunos de los presentes más devotos vieron la diestra del Señor consagrar con él los sacramentos y trazar sobre ellos la señal de la cruz. Como los conocía por el Espíritu, cuando se acercaron a recibir de él el viático, se puso el dedo sobre

los labios para que callaran la visión; y después, llamándolos aparte, les contó en secreto lo que se le había dicho en la noche, y les mandó que, mientras él viviera, no revelaran a nadie ni lo que habían visto ni lo que de él habían oído en secreto, si querían conservar todavía la vida presente.

Tampoco juzgo bueno esconder en silencio las maravillas de una visión todavía mayor que a él mismo se le manifestó. Una noche, después de acostarse en su lecho para dormir, vio a santa Afra, de gran hermosura, vestida con una bella túnica y ceñida, de pie ante él y diciéndole: «Levántate y sígueme.» Y diciendo esto, lo condujo al campo que vulgarmente se llama Lechfeld. Allí encontró a san Pedro, príncipe de los apóstoles, con una gran multitud de obispos y de otros santos, y de otros a quienes antes no había visto pero entonces, por voluntad de Dios, conocía bien, celebrando con ellos un sínodo y disponiendo cosas grandes e innumerables; y estaba juzgando conforme a derecho a Arnulfo, duque de los bávaros, que vivía aún, acusado por muchos santos de la destrucción de numerosos monasterios, que había repartido en beneficios a laicos; y le mostraba dos espadas muy nobles, una con empuñadura y otra sin empuñadura, y le hablaba así: «Di al rey Enrique: la espada sin empuñadura significa un rey que tendrá el reino sin la bendición de los pontífices; la que tiene empuñadura, uno que tendrá el timón del reino con la bendición divina.» Terminado aquel sínodo, la mártir de Dios le mostró el lugar del campamento donde después Otón, siendo todavía rey, celebró una asamblea

real con los pueblos de diversas provincias, y donde el rey Berengario de Lombardía y su hijo Adalberto se presentaron con muchos obispos y se sometieron a su dominio. Y le anunció la futura irrupción de los húngaros y los lugares de la batalla, y le hizo saber que, aunque con mucho trabajo, la victoria había sido concedida a los cristianos.

Acabada la visión, lo llevó de vuelta, lo dejó acostado en su lecho y se fue. Él, vuelto en sí, lo meditaba, trayendo con reverencia a su memoria aquellas palabras del ilustre orador arrebatado a los secretos del tercer cielo: Si en el cuerpo, si fuera del cuerpo (2 Cor 12,2), etcétera. Esta visión la manifestó solo a unos pocos varones prudentes y de su confianza.

Después acudió a la corte del rey y se puso a su servicio según la costumbre, hasta que el rey Enrique terminó la vida presente. Y cuando su hijo Otón fue elevado al trono, procuró prestarle en todo la misma solicitud en el servicio y la misma firmeza en la fidelidad que a su padre.

Por aquel tiempo tenía el obispo Ulrico un sobrino de buena índole, hijo de su hermana Liutgarda, llamado Adalberón, a quien había confiado a un maestro doctísimo, el monje Benito, para que lo instruyera en el arte de la gramática y en el saber de otros libros. Y cuando, enseñado y educado por él en todos los adelantos de la buena ciencia y disciplina, llegó a la edad viril, fue sacado al punto de la escuela, presentado por su tío el obispo al emperador y encomendado a las manos de su misericordia; y se entregó al servicio

real con tanto celo y decoro que su ministerio agradó mucho al emperador en lo eclesiástico y en lo secular. Por esta diligencia de su servicio cotidiano se concedió a su tío, el santo obispo Ulrico, que el dicho Adalberón hiciera en su lugar las expediciones militares con la milicia episcopal según la voluntad del emperador, y que en su lugar permaneciera en la corte del emperador con asiduo servicio; y esto a fin de que el dicho prelado pudiera dedicarse, según su deseo, al servicio de Dios y a la custodia de la grey que se le había confiado, a las necesidades de la iglesia, a las oraciones y a las limosnas.

Y cuanto más libre se sentía de los cuidados seculares, tanto más se esforzaba por obligarse a la voluntad de Dios. Así, observaba con cuidado el oficio diario con el clero de la catedral en el coro de esa misma iglesia, siempre que sus demás ocupaciones le permitían quedarse en casa. Además de esto, solía completar cada día un oficio en honor de santa María, Madre de Dios, otro de la santa Cruz, un tercero de Todos los Santos, y muchos otros salmos, y el salterio entero, a menos que se lo impidiera alguna necesidad ineludible. Y no dejó de cantar cada día tres misas, o dos, o una, según el tiempo disponible, a no ser que se lo impidiera una enfermedad del cuerpo o alguna buena ocupación.

III

Durante largas temporadas se abstuvo de carne, pero la daba en abundancia a los demás que comían con él. En las comidas diarias, cuando se

sentaba a la mesa con los suyos, el primer servicio de panes y de manjares se repartía en su mayor parte entre los pobres por medio de un clérigo a quien se había encomendado este oficio; y esto aparte de los mancos y lisiados que, desplazándose en camillas, en lechos y en escabeles, o en lechos de mimbre, recibían en su presencia el sustento diario de los mejores manjares y bebidas. De los demás que tomaban alimento en su presencia, conocidos o desconocidos, ninguno se retiraba con hambre o con sed, salvo si alguna vez ocurría por descuido o tacañería de los servidores, contra la voluntad del obispo.

Cuando llegaban a él huéspedes, eran recibidos con regocijo y con tanta alegría de rostro y de ánimo, y atendidos en todo como mejor les convenía, porque sabía que en ellos recibía a Cristo, que dice: Fui forastero, y me acogisteis (Mt 25,35). Los vasallos del emperador que partían de su casa o volvían a ella eran recibidos con sumo honor y agasajados de tal modo que ninguna necesidad los molestaba en nada a ellos ni a sus cabalgaduras, y, llevando consigo las provisiones necesarias para el camino, se alejaban de él contentos. A los monjes, clérigos y monjas que lo visitaban los amaba como a hijos, los reconfortaba en abundancia con alimentos espirituales y corporales, les permitía quedarse con él cuanto quisieran y, a su debido tiempo, los despedía alegres en todo.

Mandó que los clérigos de su familia, ya fueran libres de mediana condición, ya más nobles, fueran criados e instruidos con suma diligencia, y a cuantos de ellos halló dignos de honra los hizo

más ricos con cargos y beneficios convenientes. Los laicos sujetos a su señorío vivían siempre con él con toda honra y alegría, sin temer de él engaño ni fraude alguno, sino creyendo firmemente y sabiendo con certeza que todo lo que les había prometido lo había cumplido sin tardanza con el favor del Señor. Cualquiera de la servidumbre a él confiada que se presentaba ante él clamando que había sido injustamente oprimido o despojado, o agraviado de algún modo por su propio señor, a quien había sido concedido en beneficio, o por un compañero de servidumbre, o por cualquier otro, escuchaba con atención su causa; y cuando conocía que se había obrado injustamente contra él, mandaba al punto con firmeza que se reparara pronto la injusticia que se le había hecho, y no cejaba hasta que se cumplía. Permitió que toda la servidumbre conservara con firmeza el derecho legítimo de que gozaba bajo sus antecesores, y no consintió que ningún hombre poderoso que viviera bajo su gobierno se lo arrebatara.

En ningún tiempo consentía que su ánimo se rindiera al ocio vano, sino que siempre ideaba o llevaba a cabo algo útil: ya para la iglesia, que había encontrado arruinada por todas partes, ya para su ornato, ya para los paramentos de los altares y de los clérigos, para la disciplina de los canónigos y la escuela, para el sustento y la salvaguarda de la servidumbre, y para ver cómo podría ceñir de murallas la ciudad, que había hallado rodeada de unos ruines terraplenes y de maderos podridos; porque en aquellos tiempos la crueldad de los húngaros se ensañaba en estas provincias

como la de los demonios. Y mientras por fuera trataba todas estas cosas con el consejo de sus fieles, por dentro, encendido en el ardor del amor divino, se apresuraba con sumo empeño a unirse a Dios con vigilias y oraciones, ayunos y limosnas, llevando siempre sobre la piel una prenda de lana y siguiendo la regla de los monjes. Después de Completas nunca tomó comida ni bebida a petición de nadie, ni condescendió con el gusto de su cuerpo. No dormía en la blandura de un colchón de plumas, sino que descansaba sobre una estera de juncos, con una manta tosca o unos tapices debajo. De noche se levantaba al primer toque de campana y cumplía con el mayor cuidado los oficios ya dichos.

IV

Con cuánta devoción celebraba el tiempo de Cuaresma, no me bastan las palabras para contarlo; pero no conviene que omitamos del todo lo que hemos visto. Terminados los Maitines y Laudes, al despuntar la primera aurora del día, rezaba otras oraciones y comenzaba a salmodiar el salterio; acabado este y la letanía, perseveraba firmemente en otras oraciones hasta que sonaba la señal para la Vigilia de difuntos; al oírla se levantaba al instante y celebraba con los hermanos la Vigilia y Prima. Terminada Prima, mientras los hermanos salían como de costumbre llevando la cruz, él se quedaba en la iglesia y entretanto cantaba un breviario de salmos con otras oraciones, hasta que los hermanos volvían con la cruz y comenzaban a celebrar la misa del sacrificio; y

él era el primero en ofrecer devotamente a Dios su ofrenda, besando con humildad la mano del sacerdote. Acabada la misa, rezaba Tercia con los hermanos; y mientras los hermanos iban al capítulo, él permanecía como de costumbre en la iglesia hasta que sonaba la señal de Sexta. Terminada la hora de Sexta, recorría los altares postrándose ante cada uno y cantando el Miserere mei, Deus y el De profundis; solo entonces volvía a su cámara para lavarse la cara y prepararse para la misa. Celebradas las misas y cantadas las Vísperas, iba al pequeño hospicio de los pobres, lavaba los pies a doce pobres y daba a cada uno en monedas de cobre el valor de un denario. De vuelta, se sentaba a la mesa a comer, y allí no faltaba la lectura, ni tampoco una abundante multitud de los dichos pobres. Tomaba con gozo lo que le servían y lo repartía con la mayor alegría entre los que estaban con él, recordando aquello del Apóstol: Dios ama al que da con alegría (2 Cor 9,7). A cada uno le ofrecía lo que pensaba que tomaría con más gusto. Terminada la comida y alegrados todos los que estaban con él, a la hora conveniente rezaba Completas y, después de otras oraciones, volvía en silencio al retiro de su cámara, y evitaba toda conversación, salvo con Dios y con sus santos, hasta haber terminado la Prima del día siguiente.

De este modo pasaba los días de Cuaresma hasta el día de la indulgencia que llaman Domingo de Ramos. Ese día, muy de mañana, venía a Santa Afra, si no había pasado allí la noche anterior, cantaba una misa de la Santísima Trinidad y bendecía ramos de palma y de diversos árboles;

y con el Evangeliario, cruces y estandartes, y con una imagen del Señor sentado sobre un asno, con los clérigos y una multitud de pueblo que llevaba ramos de palma en las manos, y con cantos compuestos en honor de ese día, iba con gran solemnidad hasta la colina que llaman Perleich; y allí le salía al encuentro el coro de los canónigos con gran esplendor, junto con los ciudadanos que se habían quedado en la ciudad y con los de los poblados vecinos que quisieron unirse a ellos, alfombrando el camino con ramos de palma y con sus vestidos, a imitación de la humildad de los niños y del resto del pueblo. Hecho esto, el santo varón dirigía a todos una exhortación muy apropiada sobre la pasión del Señor, de tal modo que a menudo lloraba él y con su llanto hacía llorar a muchos. Terminada la exhortación, todos juntos, alabando a Dios, llegaban a la iglesia madre, celebraban allí la misa con él y desde allí volvían todos a sus casas.

Después, en los tres días siguientes, solía celebrar un sínodo, porque los cánones mandan que los concilios de los obispos se celebren dos veces al año: uno el día decimoquinto antes de las calendas de octubre, y otro en la cuarta semana después de Pascua. Él dispuso celebrarlo en este tiempo, para que más adelante ningún obstáculo le impidiera hacerlo, y para que el día de la Cena del Señor el crisma y el óleo fueran consagrados con más plenitud y honra ante aquella misma multitud de clérigos y de pueblo. Ese día, a la hora tercia, todos los clérigos, revestidos con los ornamentos más solemnes, entraban en la

iglesia, y él, preparado según su costumbre con la mayor gloria para el servicio de Dios, comenzaba con ellos a celebrar con suma devoción el sagrado misterio; y leído el Evangelio, hecha la exhortación al pueblo y recibida la confesión del pueblo, le daba con gran humildad la absolución; y mientras todo el sínodo presentaba la ofrenda, cumplía todo por su orden con sumo cuidado hasta la bendición del crisma y del óleo. Estos los hacía traer ante sí con gran reverencia, con cruces y con niños que los llevaban ocultos bajo un pequeño velo, y con cirios, con versos compuestos para este ministerio cantados con gran belleza, y con una procesión de doce presbíteros, que debían perseverar con él en su ministerio hasta el fin de la misa. Una vez que se lo traían según el rito, lo recibía con suma humildad y rogaba a todo el sínodo que, cuando él trazara la cruz sobre aquello para bendecirlo, también ellos, junto con los presbíteros que habían ido en la procesión y lo asistían, no dejaran de bendecirlo; y al resto del pueblo le pedía que cantara el Padre nuestro con gran humildad. Bendecido el óleo, reconfortado el pueblo con el sagrado viático y terminadas las Vísperas, iba a la sacristía para distribuir el crisma y el óleo a los clérigos. Distribuidos estos, iba al hospicio de los pobres y los servía como de costumbre. Desde allí entraba en la iglesia y llegaba ante la sacristía, y allí, con vestidos nuevos que le traía el camarero, vestía a doce pobres y repartía a los demás un montoncito de monedas de cobre; y aquel día no dejaba que nadie se fuera de su lado con las manos vacías, aunque estuviera

presente una gran multitud de ellos. Después iba a la mesa y, una vez que habían comido todos los que estaban con él, comenzaba, a ejemplo del Señor, a lavar los pies de sus discípulos. Realizado con sumo decoro el lavatorio, con las antífonas, versos y lecturas convenientes, ofrecía con gran caridad y humildad, en abundancia, las mejores bebidas guardadas en sus bodegas, y, terminadas las Completas, entregaba al descanso del lecho sus miembros fatigados en el servicio de Dios.

El Viernes Santo, cumplidas con cuidado las horas según su orden, y omitidos los demás oficios, como el día de la Cena del Señor, salvo los propios de ese día, se apresuraba muy de mañana a completar el salterio; y celebrado el sagrado misterio de Dios, alimentado el pueblo con el sagrado Cuerpo de Cristo y sepultado según la costumbre lo que había sobrado, volvía a completar el salterio cantándolo mientras iba de iglesia en iglesia; y a la hora vespertina, sin mesa ni manteles, comenzaba a reponerse en su cámara con pan y cerveza, y mandaba dar pan y cerveza a cada uno de los que estaban con él, según su deseo.

El santísimo día del Sábado, terminados los oficios nocturnos y rezado el amado salterio, entraba en un baño que le habían preparado, del que nunca solía usar en aquel tiempo sino el sábado antes de Cuaresma, a mediados de Cuaresma y en ese día. Lavado el cuerpo y puestos los vestidos preparados, se disponía solemnemente para el sagrado oficio y ordenaba que todo el clero estuviera preparado con él a la hora nona del día; y

en seguida, cantada la letanía triple, bendecido el cirio y concluidas las lecturas y los tractos, iba con la letanía quíntuple y con toda honra a la iglesia de San Juan Bautista para consagrar la fuente bautismal; y tras bautizar allí a tres niños, volvía con la letanía séptuple a la sacristía para prepararse para la misa, mientras entretanto el clero salmodiaba en el coro. Celebradas solemnemente las solemnidades de la misa junto con las Vísperas, distribuido el Cuerpo de Cristo y depuestas las vestiduras sagradas, aquel día se ponía la mesa para la comida y él se sentaba con una gran multitud, y cuando todos se habían saciado en abundancia, les permitía volver gozosos a sus alojamientos.

Al llegar el deseadísimo y santísimo día de Pascua, después de Prima entraba en la iglesia de San Ambrosio, donde el Viernes Santo había depositado el Cuerpo de Cristo con una piedra encima, y allí con unos pocos clérigos celebraba una misa de la Santísima Trinidad. Acabada la misa, se ponía al frente del clero, que entretanto se había reunido en el refectorio situado junto a esa misma iglesia, revestido con los ornamentos más solemnes, llevando consigo el Cuerpo de Cristo y el Evangeliario, con cirios e incienso; y con un saludo conveniente de versos cantados por los niños, atravesaba el atrio hasta la iglesia de San Juan Bautista, y allí cantaba Tercia; y desde allí, con antífonas muy apropiadamente compuestas en honor de este día, en una hermosísima procesión en que caminaban de dos en dos por su orden, llegaba a la catedral para celebrar la misa.

Cantada, pues, la misa con suma devoción y religiosidad, y recibidos por todos los sacramentos de Cristo y vueltos a sus casas, él iba a la comida y encontraba allí tres mesas preparadas con todo decoro: una a la que solía sentarse él con quienes quería, otra para el clero de la catedral y la tercera para la comunidad de Santa Afra. Bendecida, pues, la comida, repartía a todos la carne de cordero y los trocitos de tocino bendecidos durante la solemnidad de la misa, y solo entonces tomaba la comida con ellos con todo gozo. A la hora señalada llegaban los músicos, en tan gran número que, de pie y en orden, casi llenaban el espacio de la sala, y tocaban juntos tres melodías. Multiplicadas así las alegrías, los canónigos, por mandato del obispo, recibiendo la copa de la caridad y pidiéndola, cantaban entretanto un responsorio de la resurrección del Señor. Y bebida esta caridad, la comunidad de Santa Afra hacía lo mismo en la otra mesa. Al acercarse la tarde, mandaba con alegría servir copas a él y a los que se sentaban con él, y rogaba a todos que bebieran caritativamente la tercera caridad; y recibida esta, todo el clero junto cantaba con alegría el tercer responsorio. Cantado este, los canónigos se levantaban cantando un himno, para poder acudir bien preparados a las Vísperas. Terminadas las Vísperas, el obispo volvía a su casa con los huéspedes y los caballeros para alegrarlos a todos.

A la mañana siguiente, que es el lunes, todo el clero se reunía en Santa Afra, revestido con los más hermosos ornamentos, para recibir con honra al obispo cuando llegara; porque era su

costumbre servir ese día allí a Dios en la solemnidad de las sagradas misas y, terminadas estas, confirmar con el sagrado crisma a la multitud del pueblo allí reunida; y hecho esto, volvía a la ciudad y celebraba allí con suma devoción toda la semana de Pascua.

V

Terminada la solemnidad pascual, si surgía la necesidad de que fuera, como correspondía, a otros lugares o a los monasterios pertenecientes al obispado —Feuchtwangen, Staffelsee, Füssen, Wiesensteig, Habach, que nunca concedió en beneficio a laicos, salvo que concediera algunas de las tierras exteriores pertenecientes a esos monasterios a alguien de la comarca en que estaba situado el monasterio, para tener allí un abogado del monasterio por quien fueran defendidos los bienes eclesiásticos; pero lo mejor lo retuvo bajo su propia potestad, a fin de tener en sus rentas los medios para visitarlos, permanecer allí y corregir lo que fuera necesario—, se sentaba en un asiento colocado sobre un carruaje, suspendido de las varas del carro por hierros, y con él uno de sus capellanes, que cantaba salmos con él todo el día. Cuando comenzó a viajar de este modo no fue porque ya no pudiera cabalgar, sino para mantenerse apartado de la gente, a fin de que sus conversaciones vanas no le estorbaran el canto de los salmos.

Mandó que siempre lo acompañaran algunos de sus presbíteros más prudentes, y de sus capellanes los suficientes para poder cumplir cada día

con decoro el servicio de Dios. Del mismo modo quiso tener siempre consigo a algunos de sus vasallos más sabios, por si le llegaba algún asunto eclesiástico o secular que tratar, para estar siempre preparado a tratarlo y resolverlo con cautela con su consejo. Había también siempre hombres escogidos de la servidumbre que guiaban a los bueyes que tiraban del carruaje y lo vigilaban con cuidado por delante y por detrás, a derecha e izquierda; y a estos les hacía dar cada día, por sí mismo y por sus servidores, en su presencia, tal cantidad de grano que habría bastado para el triple de hombres. Iba también siempre con él de un lugar a otro una amadísima compañía de pobres; los que podían cabalgar iban en mansísimas cabalgaduras de paso. Otros iban en los vehículos en que solían viajar, junto con los carros que llevaban el ajuar episcopal. Él mismo disponía con cuidado cada día, por medio de alguno de sus fieles, sus alojamientos y todo su sustento.

En ninguno de dichos monasterios permanecía nunca ocioso, sino que trabajaba en las obras de la iglesia, de los claustros, de otros edificios o de las murallas, preparadas de antemano y con los materiales ya reunidos. Procuró regular y ordenar en todo la vida de los monjes o canónigos que servían a Dios en cada monasterio y sus rentas, y de ningún modo consintió que se deshiciera el derecho de la servidumbre. Tampoco omitió conferir los dones del Espíritu Santo con la confirmación del crisma donde había necesidad.

VI

Grato y necesario para los pueblos era el viaje que hacía cada cuatro años, cuando, según lo establecido por los cánones, decidía visitar la diócesis a él confiada para cumplir su ministerio de gobernar, predicar y confirmar. Se sentaba del mismo modo, como dijimos antes, en un asiento colocado sobre un carruaje y cantaba los salmos como de costumbre, imitando a aquel eunuco que iba por el camino sentado en su carro leyendo al profeta Isaías, al que por mandato del Espíritu Santo se unió Felipe, y que, predicado y bautizado por él, recibió la fe de la Santísima Trinidad; porque tenía por cierto que, cuanto más se sustrajera a las conversaciones humanas, tanto más podría acercarse a las divinas. Cuando llegaba a los lugares donde se habían anunciado sus concilios, era recibido con el Evangeliario, agua bendita y repique de campanas, y con tanta honra cuanta permitían las fuerzas de los allí reunidos. En cuanto se celebraba la misa, se sentaba en concilio, hacía llamar al pueblo ante sí y mandaba interrogar bajo juramento a los más prudentes y veraces sobre lo que en aquella parroquia fuera digno de enmienda y los pecados cometidos contra las leyes de la cristiandad, para que los hechos le fueran dados a conocer por un relato veraz. Y cuando oía de ellos cosas que traspasaban la norma de la rectitud, se apresuraba, sin acepción de personas y según el juicio de los clérigos, a reconducirlas a la senda de la rectitud cuanto podía con la ayuda de Dios omnipotente, y a cortar con sumo empeño, con la podadera de la palabra de Dios, los retoños de los vicios que habían brotado

mal, para que los vástagos de los malos gérmenes no tuvieran libertad de sofocar la mies de Cristo a él confiada; y a las enfermedades de los vicios les aplicaba los remedios de enmienda más adecuados, pero siempre según la palabra de Dios que dice: Reprende, suplica, increpa con toda paciencia y doctrina (2 Tim 4,2). Lo que sabía por ellos que resultaba difícil e insuperable para sus ministros, procuraba que se resolviera en su presencia, con la ayuda de todos los que estaban con él, mediante una disposición muy cuidadosa. Lo que advertía que ellos podían reconducir al estado de rectitud sin censura de otros, lo encomendaba con firmeza a su gobierno para que lo llevaran a término. Él entonces, siguiendo la regla de su ministerio, procuraba conferir al pueblo allí reunido para este fin el don del Espíritu Santo, la confirmación de la sagrada unción.

Y si, sin haber terminado aún, sobrevenía la noche como de costumbre, para que ninguna parte de las ovejas a él confiadas sufriera el daño de verse privada del don celestial, hacía encender luces y se esforzaba en nombre del Señor por acabar lo comenzado. A veces, cuando había surgido tal contienda acerca de los que se oponían a la justicia que, al declinar el día, las tinieblas de la noche se extendían sobre el mundo, para que no quedaran sin corregir por ello los asuntos ventilados allí en el concilio, hacía encender luces y mandaba leer las reglas canónicas, para que con los cerrojos de la justicia se taparan las bocas de los contradictores y todo se concluyera con justos juicios conforme a la voluntad de Dios. Y cuando,

terminado el concilio o la confirmación, volvía a su alojamiento, no probaba la comida para reponer el cuerpo antes de que el clérigo encargado de aquel oficio hubiera repartido las limosnas a los pobres. A los lisiados que venían con él los hacía sentar en su presencia y mandaba servirles una comida abundante.

Algunos días dispuso celebrar capítulos con los clérigos en los lugares donde los arciprestes juzgaban que esto podía hacerse del modo más conveniente, y donde lo creían más libre de otras asambleas mundanas. Reunidos los clérigos ante él, interrogaba con cuidado a los arciprestes y deanes, y a los mejores que podía hallar entre ellos: cómo cumplían el servicio diario de Dios y cómo gobernaban al pueblo a ellos sujeto en el empeño de predicar y enseñar; con cuánto cuidado se bautizaba a los niños, se visitaba y ungía a los enfermos, y con cuánta compasión se daba sepultura a los cuerpos de los difuntos; cómo se socorría a los pobres y lisiados con los diezmos y ofrendas de los fieles, y si ayudaban a las viudas y a los huérfanos en todas sus necesidades; con cuánto celo servían a Cristo en los huéspedes y forasteros; si tenían consigo mujeres introducidas en sus casas y caían por ello en sospecha de delito; si iban de caza con perros o halcones; si entraban en las tabernas para comer o beber; si acostumbraban bromas torpes; si amaban sin medida las borracheras y comilonas; si se daban a riñas, contiendas y rivalidades; si asistían a bodas seculares, o si algunos de ellos tenían por costumbre ocupaciones indecorosas; si en las ca-

lendas, según la costumbre de sus antecesores, se reunían en los lugares establecidos y rezaban allí las oraciones acostumbradas, y visitaban sus iglesias a su debido tiempo; si habían prestado obediencia a sus superiores y procurado mantenerse devotos y aptos en todo su ministerio. Dada la respuesta a sus preguntas y conocida la verdad del asunto, alegraba a los que se mantenían en la rectitud con la gracia de un dulcísimo consuelo y los exhortaba con suaves palabras a no apartarse en adelante de la norma de la justicia; en cambio, a los hermanos errabundos que andaban por caminos extraviados los atemorizaba con merecidas reprensiones y les mandaba abandonar en adelante los vicios acostumbrados.

VII

Si alguno de los religiosos que tenían propiedades en su obispado deseaba, por amor de Cristo, construir una iglesia y, con licencia concedida por el santo obispo, la había edificado y le pedía que la consagrara en tiempo oportuno, accedía de muy buena gana a la petición de cada uno, con tal de que este no tardara en entregar al punto en mano de su señoría una dote legítima para la iglesia consagrada, en tierras y en siervos, a la vista de sus conciudadanos y de testigos veraces, para que después no se oscureciera la verdad de lo hecho; y también con la condición de que los derechos de las demás iglesias de alrededor no se vieran disminuidos en nada a causa de la nueva. Realizada la consagración y entregada la dote, encomendaba el cuidado del altar a un presbítero

probado de aquel lugar, y confiaba con firmeza la abogacía de la iglesia al heredero legítimo, imponiéndole un paño. No exigía a nadie ofrenda ni regalo, a no ser que el presbítero de aquella iglesia le rogara espontáneamente que aceptara algo en señal de honra y de su buena voluntad.

VIII

En cierta ocasión, obedeciendo los preceptos de Jesús, cuando había decidido cumplir el oficio de su ministerio en la comarca llamada Aldegowe, vinieron a él algunos hombres de esa comarca y le dijeron lamentándose: «Nuestros padres construyeron en la propiedad que nos dejaron una pequeña iglesia de piedra, argamasa y madera, que quisieron dedicar a Dios y a sus santos para poder oír allí la celebración de los sagrados oficios, porque ese lugar está situado en una gran soledad desierta; pero por la dificultad del camino y la pobreza de sus recursos nunca pudieron llevar allí a un obispo para consagrar esa iglesia.» Al oír esto, el siervo de Dios les dijo con rostro alegre: «¿Podéis procuraros a tiempo lo necesario para la consagración de una iglesia?» Ellos, confiados en la ayuda de sus amigos, respondieron: «Podemos.» Él les dijo: «Dejadme solo un guía para el camino, id delante y disponed lo que haya que disponer; mirad, yo iré allá para socorrer vuestra necesidad y, con la ayuda de Dios, consagraré la iglesia.» Al día siguiente, realizada la consagración, aquellas gentes se presentaban ante él ofreciéndole regalos según sus posibilidades; él, al verlos, les dijo sonriendo: «No he venido

aquí por amor de regalo alguno, sino para atender a vuestra necesidad y para que se multiplique el servicio de Dios en este lugar. Guardad para vuestro provecho esto que nos habéis ofrecido, creced en el servicio de Dios y quedad en paz.» Dicho esto, se marchó, y de la aspereza del camino no hizo queja alguna, sino como quien se alegra.

IX

Perseverando en estos afanes de buenas obras, reconfortaba espiritualmente con una benignísima exhortación a todos los que vivían con él, enseñando no solo con palabras sino también con obras que cada uno amara perfectamente al Señor con todas sus fuerzas y no antepusiera nada a su amor, y amara al prójimo como a sí mismo, y honrara a su padre y a su madre; además, que amara a todos los hombres de buena voluntad, de quienes canta la multitud angélica: Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2,14); pero que resistiera a los malvados en todas sus malas acciones, según el santo profeta David, que dice: A sus ojos el malvado es reducido a nada, pero honra a los que temen al Señor (Sal 15,4); que nadie hiciera a otro lo que no quisiera para sí; que visitara a menudo las iglesias de Dios con devoción de espíritu y humildad y con ofrendas, y procurara allí suplicar a Dios con lágrimas por el perdón de sus pecados y por todas sus justas necesidades. Exhortaba además a pedir perdón para los enemigos, según la oración del Señor, que dice: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt

6,12); y según el Evangelio: Así hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis cada uno a vuestro hermano de corazón (Mt 18,35); y también: Perdonad, y seréis perdonados (Lc 6,37). Que se apresuraran a presentar con gran cuidado los diezmos de todos sus trabajos al Señor y a sus santos, y a las iglesias a las que estaban asignados, para no incurrir en la culpa de Caín el fratricida. Exhortaba también a venerar con suma devoción los domingos y las demás solemnidades del año, absteniéndose no solo de los trabajos serviles, sino también de todos los vicios; que cada uno procurara recibir asiduamente la Eucaristía, presentarse purificado antes de recibirla y conservarse limpio después de recibirla. Exhortaba a que todos guardaran con toda devoción los días de Cuaresma y los demás ayunos establecidos antiguamente y los instituidos de nuevo por común acuerdo; a negarse a sí mismos y seguir las huellas de Cristo, castigar el cuerpo, no amar los deleites, saciar con comida y bebida a los hambrientos y sedientos, dar vestido a los desnudos, visitar a los enfermos y a los que están en angustias, conceder alojamiento a los necesitados y a los vagabundos y darles lo necesario por amor de Cristo, visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y socorrerlos en todas sus necesidades; a no guardar maldad en el corazón ni provocar a nadie a ira con palabras, sino deponer la ira y dejar la venganza al Señor; a no devolver a nadie mal por mal ni exasperarlo con ofensa alguna; a no maldecir a los que maldicen, sino más bien bendecirlos, y a soportar la perse-

cución por la justicia; a llamar a la concordia de un mismo sentir a los que están en discordia y enemistad entre sí; a resistir a los que resisten a Dios y prestar ayuda a los que luchan por él con fidelidad; y a no dejarse enredar por el tropiezo de ninguno de los ocho vicios capitales que acosan a todo el género humano.

Cuando algunos le preguntaron cuáles eran los ocho vicios capitales, respondió, no solo a ellos sino también a los que todavía dudan, cuáles son los ocho vicios, diciendo: El primero es la gastrimargia, es decir, la glotonería del vientre, con su prole: la comilona y la embriaguez; el segundo es la fornicación, con su prole: la palabra torpe, la chocarrería y las burlas, que son también necedades; el tercero es la filargiria, es decir, la avaricia o amor al dinero, con su prole: la mentira, el fraude, el hurto, el perjurio, el afán de ganancia vergonzosa, el falso testimonio, la violencia, la inhumanidad, la voracidad y la rapacidad; el cuarto, la ira, con su prole: el homicidio, el clamor y la indignación; el quinto, la tristeza, con su prole: el rencor, la pusilanimidad, la amargura y la desesperación; el sexto, la acedia, con su prole: la ociosidad, la somnolencia, la importunidad, la inquietud, el vagabundeo, la inestabilidad de alma y de cuerpo, la verbosidad y la curiosidad; el séptimo, la cenodoxia, es decir, la vanagloria, con su prole: la contienda, la herejía, la jactancia y la presunción de novedades; el octavo, la soberbia, con su prole: el desprecio, la envidia, la desobediencia, la blasfemia, la murmuración, la detracción y la enemistad. Y decía que es bien-

aventurado el que no tropieza en estos lazos de los vicios.

Exhortaba a percibir con cuidado con los oídos del corazón las ocho conocidísimas bienaventuranzas enumeradas por Dios en el Evangelio, y a fijarlas firmemente en lo íntimo de los pensamientos, para que en el tiempo de la tentación no se conceda a los espíritus malignos fuerza para arrancarlas, sino que cada uno se eleve con sus consuelos a la esperanza de los anhelos celestiales; y a tributar siempre, día y noche, con todo el deseo y todas las fuerzas, múltiples alabanzas y acciones de gracias a Cristo, el Cordero de Dios omnipotente que quita los pecados del mundo, porque es digno, por su encarnación y nacimiento, su bautismo y crucifixión, su sepultura, resurrección y ascensión, de abrir los siete sellos del libro sellado que fue mostrado en visión al apóstol san Juan en la isla de Patmos. Pedía con insistencia y humildad la benevolencia de todos en común: si había algunos que sintieran que en sí mismos había crecido la mies de algunas virtudes, que no lo atribuyeran a sus propios méritos, sino a la misericordia de Dios omnipotente, para que no la matara en ellos el granizo repentino de la jactancia, sino que, madurando a su tiempo bajo la protección del Espíritu Santo, fuera guardada en los graneros de Cristo.

Guardar la boca de la palabra mala o perversa; escuchar de buena gana las lecturas santas; confesar cada día a Dios en la oración, con gemidos y lágrimas, los pecados pasados, y enmendarse en adelante; no cumplir los deseos de la carne;

quebrantar la propia voluntad; obedecer los preceptos de los sacerdotes aunque ellos mismos, lo que Dios no quiera, obren de otro modo, imitando a aquellos de quienes dice el Señor: Porque dicen, y no hacen (Mt 23,3). Exhortaba a amar la castidad, no odiar a nadie, no tener envidia ni celos, no fomentar contiendas, odiar la soberbia, venerar a los mayores, amar a los jóvenes, tener sin cesar en el corazón y en el alma el temor del Señor, creer que los ojos del Señor lo ven todo y sus oídos lo oyen todo, como dice el Salmista: He aquí que los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus súplicas; pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal 34,16-17).

Que tuvieran siempre ante los ojos, con recelo y temor, el día de su muerte y el día del juicio final, en el que el Señor dirá a los que cada día se apresuran a reconfortarlo, vestirlo y visitarlo en sus pobres, y que no temerán la mala noticia, aquellas palabras: Venid, benditos de mi Padre (Mt 25,34), etcétera; pero a los que descuidan esto y no sirven a Dios en sus miembros: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41); y que contemplaran muy a menudo con los ojos del alma las penas preparadas para los malditos, y aquel lugar pésimo que está siempre sin refrigerio, sin resplandor y sin dulzura, y será sin fin, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga (Mc 9,48), donde se oye siempre y sin cesar el llanto y el rechinar de dientes, donde la llama devoradora se renovará siempre por las maquinaciones del diablo, donde

no hay esperanza alguna de consuelo, sino que la tristeza crece de hora en hora, porque no pueden hallar fin a su permanencia, sino que perseveran en angustias sin fin con aquellos a quienes sirvieron en este siglo.

En cambio, cuántos gozos y regocijos esperan a los benditos de Dios y colocados a su derecha, conviene pensarlo siempre, cuanto es posible a las mentes humanas; de ellos está escrito: Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le aman (1 Cor 2,9). Allí los coros de los ángeles, cantores de himnos, brillarán con inefable claridad; allí la excelsitud de los patriarcas se alegrará recompensada con la honra debida; allí el veraz orden de los profetas, cumplidas del todo sus profecías, no cesa de dar gracias a Dios; allí el coro de los apóstoles, los jueces, recibida la recompensa antes prometida, exultará para siempre; allí los mártires, coronados con la palma de su martirio, gozan del consuelo eterno; allí los confesores, multiplicados sus premios, perseveran en las alabanzas de Dios; allí las vírgenes abundan en la retribución del fruto del ciento por uno, y las viudas son honradas con la recompensa del sesenta; allí los monjes, por su renuncia a todas las cosas del siglo, saciados junto con los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios, cumplidos sus deseos, no cesarán de entregarse a las alabanzas de Dios; allí los penitentes, depuestas las cargas de sus pecados, se alegran juntos alabando a Dios sin fin; allí los niños que siguen al Cordero vestidos de blanco, concordes con los ángeles

bajo el trono, no cesan de alabar a Dios con sus cantos; allí la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, exaltada sobre los coros de los ángeles, aparece alegrando a todos con inestimable claridad y hermosura; allí los justos brillarán como el sol (Mt 13,43), y todos los santos verán con gozo cara a cara, en su claridad, a su Creador y Creador de todas las criaturas, que les quitará todo temor, todo pesar y tristeza y toda adversidad.

En aquel reino no es necesaria la luz del sol, de la luna ni de las estrellas; el hambre y la sed no dañarán a nadie, el frío y el calor no fatigarán a nadie, la enfermedad y el dolor no alcanzarán a nadie, no se temerá la miseria de la vejez venidera; sino que, así como en el día del juicio los cuerpos de los muertos resucitarán en la medida de la edad de la plenitud de Cristo, así permanecerán también en aquella impasibilidad y hermosura. Allí no se celebran bodas, y la descendencia de los hombres no se multiplicará ya más; pero el número completo de los justos no disminuirá, sino que se conservará sin fin en el gozo; no temerá ya las asechanzas del diablo, no necesitará ya el perdón de los pecados; así como los ángeles permanecerán en la impasibilidad de su primera condición, así también los hombres, iguales a los ángeles después de la resurrección, perseveran en la sobriedad y en la inmutabilidad en la ciudad de nuestro Dios, edificada sobre su monte santo, de la que se dice que está adornada y fundada sobre doce piedras preciosas, cuyos nombres y orden enumera san Juan, apóstol y evangelista, en el Apocalipsis. Dice que en el pri-

mer cimiento está puesto el jaspe, del que dicen que ahuyenta todos los fantasmas, y en el que se significa el verdor de la fe; en el segundo, el zafiro, que significa la esperanza de la bienaventuranza celestial; en el tercero, la calcedonia, que figura la llama de la caridad interior; en el cuarto, la esmeralda, que figura la valiente confesión de esa misma fe en medio de las adversidades; en el quinto, el sardónice, que significa la humildad de los santos en medio de sus virtudes; en el sexto, la cornalina, en la que se expresa la sangre de los santos mártires; en el séptimo, el crisólito, en el que se figura la predicación espiritual en medio de los milagros; en el octavo, el berilo, en el que se significa la obra perfecta de los predicadores; en el noveno, el topacio, en el que se muestra su ardiente contemplación; en el décimo, el crisoprasio, que significa a la vez la obra y el premio de los bienaventurados mártires; en el undécimo, el jacinto, que figura la elevación celestial hacia lo alto y el descenso a lo humano por amor a los humildes; en el duodécimo, la amatista, que significa el recuerdo del reino celestial siempre presente en el alma de los humildes.

Esta disposición de las doce piedras figura la firmeza de los apóstoles, que están puestos en el cimiento de la Iglesia, como dijo el Salvador del mundo al bienaventurado Pedro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mt 16,18). Al decir esto a Pedro, dio a conocer a todos los apóstoles que su Iglesia había de ser edificada sobre ellos, cuyo pregón salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del orbe (Sal

19,5). Si los apóstoles son el cimiento de la casa de Dios, y toda la cristiandad ha de permanecer como edificio de ese mismo templo, según dice el Apóstol: El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros, y sois edificio de Dios (1 Cor 3,17.9), etcétera, procuremos todos con todas nuestras fuerzas unirnos a su Constructor y Morador, para que, puestos nuestros doctores como cimiento, merezcamos por su don ser edificados sobre ellos; para que se nos vea colocados entre las piedras escogidas y unidos a los órdenes ya dichos; para que, viendo cara a cara a nuestro Creador y Redentor, juez de vivos y muertos, merezcamos alabarlo con ellos por los siglos infinitos de los siglos. Amén.

X

Cuando la fama de su bondad se extendía a lo largo y a lo ancho, y el diablo lo veía erguido en esta cumbre de virtudes, se esforzaba con toda clase de astucias de su malicia por hundirlo en algún abismo de dificultades y apartarlo de los bienes comenzados. En aquellos tiempos Liudolfo, hijo del glorioso rey Otón, era duque de los alamanes, y su padre le había sometido antes con juramento todos los pueblos de las regiones sujetas a su dominio, para después del fin de su propia vida; y el tío paterno de Liudolfo, Enrique, hermano del rey, era duque del Nórico; y, por instigación de hombres malvados, comenzaron a reñir y a contender entre sí a causa de los límites de sus regiones. Y como el rey no pudo de ningún modo devolverlos a la concordia y a la paz, se

opuso a su hijo y se puso de parte de su hermano. Y como su hijo, con todos los que había podido reunir, se esforzaba por resistirle y trataba de despojarlo del poder real, el dicho duque Enrique, tras encomendar la ciudad de Ratisbona y toda la región del Nórico al conde palatino Arnulfo y además a otros fieles suyos, se fue junto al rey. Mientras él permanecía allí, el dicho Arnulfo, con una multitud de gente, tomó a traición Ratisbona y las demás ciudades, con el gentío de sus pueblos y con todos los que pudo, y los sometió al poder de Liudolfo. Al saberlo, el rey invadió en armas Baviera con su hermano Enrique, para restituirlo en la honra de su antiguo poder. El dicho prelado Ulrico, cuya fidelidad firme y constante nunca se apartó del auxilio del rey, al saber esto, dejó en la ciudad de Augsburgo a parte de sus vasallos, dispuso sus demás asuntos y, con los que pudo llevar, dejando el carruaje, se fue con sagacidad a caballo a la región del Nórico al servicio del rey; y como la revuelta se prolongaba, no tuvo ocasión propicia de regresar. Entretanto el dicho Arnulfo, reuniendo una multitud, llegó a Augsburgo y la despojó de todos los bienes que pudo llevarse, y se volvió a Baviera llevando prisioneros a algunos caballeros del obispo.

Cuando el rey volvió de la región de los bávaros y el obispo quiso regresar a lo suyo, no creía poder defenderse en la ciudad de Augsburgo con poca gente, porque Liudolfo y sus secuaces estaban repartiendo casi todo el obispado en beneficio a extraños; y de los caballeros del obispo, unos habían sido apresados, otros apartados de

él por una inicua instigación, otros reducidos a la pobreza por los saqueos, de modo que no podían ayudarle como él deseaba. Los que permanecieron con él, fortalecidos por sus conversaciones, tomaron la saludable resolución de dejar la ciudad de Augsburgo, edificar el castillo llamado Menichingen y defenderse allí de sus adversarios. Así pues, permaneció encerrado en la ciudad de Augsburgo una sola noche, y al día siguiente se dirigió en seguida al dicho castillo, que estaba del todo desierto, sin edificios ni dentro ni fuera. Aunque el invierno fue ciertamente duro, esperaron en aquel lugar, en tiendas y en chozas construidas a toda prisa, hasta que, reunida la servidumbre, rodearon el castillo con una empalizada de madera y levantaron dentro, según sus posibilidades, edificios adecuados.

Arnulfo y todos los que estaban con él, que se oponían por todas partes al poder real, al enterarse de esto enviaron embajadas diciendo que, si quería conservar a salvo su vida y la de los suyos, no tardara en someterse sin vacilar al poder de Liudolfo y dejara de construir el dicho castillo con los suyos; porque en aquel tiempo en toda la región de los suevos nadie permanecía de parte del rey, salvo el conde Adalberto con los que le estaban sujetos y Dietpaldo, hermano del piadoso obispo; y por eso juzgaban que, por decreto suyo, de ningún modo podría hallar fuerzas para resistir. Él, siguiendo un sabio consejo con los suyos, con diversas promesas y humildísimas respuestas, y a veces dando rehenes y recibiéndolos de nuevo, mitigó de todos los modos posibles

su ira y sus asedios, hasta que, edificado el castillo y renovados los terraplenes, juzgó que podía defenderse con los suyos de su crueldad en la fortificación de aquel lugar. Y cuando los plazos para dar su respuesta no pudieron alargarse más, declaró abiertamente que quería perseverar, como había comenzado, en la voluntad del rey.

Entonces el dicho Arnulfo, hijo del duque Arnulfo, reunida una multitud de aquellos desventurados que antes habían saqueado la ciudad de Augsburgo, y de otros en cuya ayuda confiaba entonces, quiso asediar el castillo y someter por la fuerza al venerable obispo con los suyos al dominio de Liudolfo. Al saberlo, el obispo, por su parte, envió legados y, prometiendo mucho dinero, les suplicaba que se volvieran y le permitieran permanecer en paz; pero, si rechazando la paz no querían volverse, mandó a esos mismos legados que ataran a sus diocesanos con el bando de la cristiandad, para que no se atrevieran de ningún modo a invadir las tierras de Santa María situadas en su obispado. Pero ellos, rechazado el dinero y despreciado el bando de la cristiandad, no quisieron abandonar su mala empresa, sino que, para su propia ruina, el domingo en que es costumbre de los clérigos comer carne antes de la Cuaresma y abstenerse luego de ella hasta el santo tiempo de Pascua, invadieron en son de guerra la heredad de Santa María y sitiaron al obispo. Él, permaneciendo con empeño día y noche en el servicio de Dios, desechado el temor y confiando en Dios, tuvo en nada su asedio y perseveró con firmeza en el propósito tomado.

Cuando este asedio llegó a conocimiento del conde Adalberto y de Dietpaldo, hermano del obispo, reunieron una tropa de gente y, el primer día del tiempo de Cuaresma, que es lunes, muy de mañana, asaltaron el campamento de los enemigos. Ellos, que no habían pensado que tal cosa pudiera ocurrir, fueron hallados desprevenidos para la batalla y, sobrecogidos de repentino temor, abandonaron los despojos y procuraron escapar de sus enemigos huyendo. Los otros, persiguiéndolos, apresaron a Hermann, hermano de Arnulfo, abatieron a algunos en el campamento y mataron a otros persiguiéndolos más lejos. Muerta la mayor parte de ellos y puestos en fuga los demás, ninguno tuvo valor para defenderse, salvo uno llamado Egilolfo; este, mientras huía, causó una pequeña herida en el brazo al conde Adalberto, de la que el conde murió; también su agresor fue muerto al instante por Liutperto, vasallo del mismo Adalberto. Muy pocos de ellos, magullados por los golpes y heridos de diversas maneras, escaparon a duras penas aquel día del peligro de muerte, llevados por sus caballos; y algunos, atenazados miserablemente por la helada, volvieron desnudos a sus casas, desesperando de la vida. El venerable obispo llevó a la ciudad de Augsburgo el cuerpo de Adalberto, muerto en la voluntad de Dios, y, encomendando con honra su alma a Dios, lo sepultó en la iglesia de Santa María. Y ninguno de los que antes se habían apropiado los despojos de la ciudad de Augsburgo, contra santa María, Madre de Dios, escapó sin castigo, salvo los que no tardaron en rescatarse

con sus propios bienes y con el perdón del venerable obispo.

XI

Uno de ellos, según cuentan con verdad sus vecinos, se desgarró las propias manos y, perdida la razón, exhaló el espíritu. Otro compró con un libro robado de la ciudad de Augsburgo un caballo que le agradaba mucho, se lo llevó a su casa, se lo mostró a su mujer y le dijo: «Más me gusta tener este hermoso caballo que dejar en Augsburgo el libro con que lo compré.» Su mujer respondió a sus palabras: «Quizá te habría valido más que tu mano no hubiera tocado injustamente ese libro.» Entretanto él, acariciándolo, le tocaba con la mano las ancas al caballo, y al punto, coceado por él, murió. Cuando la multitud del pueblo supo de estos nuevos e imprevistos desastres, y de otras muchas cosas espantosas sucedidas a los culpables, un gran temor invadió a los que se sabían culpables del dicho saqueo de la ciudad de Augsburgo, no solo a los que habían ido allá, sino también a los que habían recibido de ellos algo de lo adquirido injustamente; y por eso, convertidos a la penitencia y al llanto, con la debida enmienda y la restitución de lo sustraído, e implorando el perdón del obispo, procuraron reconciliarse con Cristo y con santa María, su Madre.

No mucho tiempo después, el dicho Arnulfo, que se había atrevido a invadir en son de guerra los bienes de santa María y perseveró incorregible y sin penitencia, salió dispuesto al combate de

la sitiada ciudad de Ratisbona y fue muerto al instante en lo más recio de la refriega.

Un hombre del obispado llamado Eichstätt se llevó de allí a su propiedad un trozo de un mantel sin ningún valor, y al punto fue poseído por un demonio, y no pudo hallar lugar alguno donde esconderse de él, ni en la iglesia ni fuera de la iglesia, ni rociado con agua bendita, sin que pareciera que estaba siempre a su lado; hasta que, volviendo a Augsburgo, devolvió lo que injustamente había robado y pidió al obispo que le diera azotes con varas por el nombre de Cristo, y además que le perdonara aquella falta; y así, librado del demonio, se marchó sano.

XII

Para no apartarme mucho tiempo del cometido emprendido, quiero retirar la pluma de la enumeración de las ciudades asediadas por una y otra parte, de las guerras que se encendían por doquier y de las vicisitudes de tan diversos estragos, y prefiero referir cómo Dios omnipotente se dignó librar a su pueblo por los méritos de sus siervos, para que no llegara a su perdición por las maquinaciones del diablo.

Estaba el rey Otón con su ejército en Alamania, a causa de los que con su hijo Liudolfo querían oponerse al dominio de su potestad real, junto al río llamado Iller, en el campo del poblado llamado Tussa; y allí su hijo Liudolfo, tantas veces mencionado, le salió al encuentro con otro ejército para combatir contra él, y estaban tan cerca unos de otros que en la multitud de ambas partes

nadie dudaba de que se trabaría la batalla. Entonces el obispo Ulrico, amado de Dios, confiando en Dios con toda confianza, tomando consigo a Hartberto, piadoso obispo de la Iglesia de Coira, comenzó a ir y venir entre ellos como mensajero y a suplicarles la concordia de la paz, para que el pueblo que Dios les había confiado para gobernarlo no fuera llevado a la perdición por culpa de ellos. Con el favor de Dios, el ánimo de ambos, es decir, del padre Otón y de su hijo Liudolfo, se ablandó por la provechosa exhortación y enseñanza de los venerables obispos, y pactaron entre sí un acuerdo de paz; y, calmada la tormenta de la guerra, volvieron en paz a sus tierras.

Superadas entonces las fatigas de tantos tumultos, pensaron que podrían descansar en paz algún tiempo. Pero al año siguiente, que es el año de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo 965, irrumpió tal multitud de húngaros como nadie de los que entonces vivían confesaba haber visto antes en región alguna; y ocupó, devastándola toda, la región del Nórico desde el río Danubio hasta la Selva Negra, que llega a las montañas; y tras cruzar el Lech y ocupar Alamania, quemó la iglesia de Santa Afra, saqueó toda la provincia desde el Danubio hasta la selva y entregó al fuego la mayor parte de ella hasta el río Iller. Y sitió la ciudad de Augsburgo, que entonces, rodeada de murallas bajas y sin torres, no era fuerte por sí misma. Pero el santo prelado tenía consigo, apostada dentro del recinto de la ciudad, una grandísima multitud de excelentes caballeros, por cuya agilidad y audacia la ciudad

se mantenía firmemente defendida con la ayuda de Dios; y cuando vieron que el ejército de los húngaros rodeaba la ciudad para asaltarla, quisieron salir a su encuentro, pero el obispo no lo consintió y mandó cerrar con firmeza la puerta por donde estaba el acceso principal. La puerta de la parte oriental, por donde se va al agua, fue acometida en la lucha por la muchedumbre de los húngaros de tal modo que estos pensaron poder entrar al instante; pero los caballeros del obispo, combatiendo valerosamente delante de la puerta, les resistían, hasta que uno de los húngaros, que precedía a los demás en el combate y en cuyo mando y ejemplo tenían puesta en aquella hora su mayor confianza para pelear, cayó muerto; y los demás, cuando lo vieron caer muerto a tierra, se lo llevaron con grandes gritos y lamentos y volvieron a su campamento.

Durante la batalla, el obispo, montado en su caballo y revestido con la estola, sin protegerse con escudo, loriga ni yelmo, mientras los dardos y las piedras volaban a su alrededor por todas partes, permanecía intacto e ileso. Terminado el combate, al regresar recorrió la ciudad y mandó colocar convenientemente torres de defensa alrededor de ella, construirlas durante toda la noche y renovar los terraplenes cuanto el tiempo permitiera.

Él, pasando toda la noche en oración, exhortaba a las mujeres piadosas reunidas en la ciudad a que una parte de ellas recorriera el interior con cruces clamando devotamente al Señor, y la otra, postrada en el suelo, implorara con sumo fervor la

clemencia de santa María, Madre de Dios, por la defensa del pueblo y la liberación de la ciudad. Él mismo concedió a su cuerpo el reposo del sueño solo una pequeñísima parte de la noche antes de la hora de Maitines, para poder, terminados los Maitines y Laudes, al romper la aurora, ofrecer a Dios la hostia del sacrificio de salvación. Terminado el sagrado ministerio, reconfortó a todos con el santo viático y los persuadió con humilde exhortación a que, perseverando en la recta fe, no dudaran en poner su esperanza en el Señor, mostrándoles toda clase de promesas de consuelo y anunciándoles las palabras del salmista David, que dice: Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo (Sal 23,4). Terminada la saludable exhortación del obispo, cuando el resplandor del sol radiante iluminaba por primera vez la anchura de la tierra, el ejército de los húngaros, en número indecible, cercó la ciudad por todas partes para asaltarla, trayendo diversas máquinas para derribar las murallas. Y cuando por todas partes estaban preparados para el combate y todas las almenas de la ciudad estaban llenas de defensores, algunos de los húngaros empujaban a los otros a la lucha amenazándolos con látigos; pero estos, viendo tan gran multitud que les resistía en las almenas, estaban tan aterrados que no se atrevían a acercarse a los muros.

Entretanto, mientras dentro y fuera estaban preparados para el combate, Bertoldo, hijo de Arnulfo, vino desde el castillo llamado Reisensburg al rey de los húngaros y le anunció la llegada

del glorioso rey Otón. Él, al oírlo, mandó tocar su trompeta, conocida por todo el ejército, y a su sonido todo el ejército abandonó el asalto a la ciudad y se apresuró a reunirse en consejo con su rey. Y tras deliberar con ellos, por don de Dios, cesó en el asalto a la ciudad y comenzó a marchar al encuentro del glorioso rey, con la intención de que, vencido este con los suyos, al volver victorioso pudiera tener libremente la ciudad y todo el reino.

El conde Dietpaldo, hermano del obispo, con los demás que estaban en la ciudad, salió de noche al encuentro del rey Otón, que se acercaba. El rey, al ver tan gran ejército de húngaros, juzgó que no podía ser vencido por hombres si Dios omnipotente no se dignaba darles muerte; y confiando en su auxilio, y fortalecido por el aliento de sus príncipes, comenzó a combatir valerosamente contra ellos; y cuando de una y otra parte habían caído en mutua matanza, y muertos aquellos que Dios había destinado a morir, Dios, para quien nada es imposible, concedió al rey Otón una gloriosa victoria; de tal modo que el ejército de los húngaros, puesto en fuga, no tuvo ya fuerza para combatir; y aunque había muerto un número increíble de ellos, quedaba todavía un ejército tan grande que los que los veían venir desde las almenas de la ciudad de Augsburgo no creyeron que volvieran vencidos en la batalla, hasta que los vieron pasar de largo junto a la ciudad y apresurarse a ganar la orilla opuesta del río Lech.

El rey, persiguiéndolos con los suyos y matando a los que pudo alcanzar, llegó a Augsburgo al

atardecer, y allí pasó aquella noche con el obispo y le dio gran consuelo al darle noticia de su hermano Dietpaldo, muerto en la batalla, y de otros parientes suyos que habían caído allí. Honró a Riwino, hijo de Dietpaldo, con los condados de su padre, y recompensó dignamente la fiel ayuda del obispo en todo aquello que supo que deseaba. Llegada la mañana, siguiendo a las huestes fugitivas de los bárbaros, volvió a la región de los bávaros y, enviando mensajeros a toda prisa, mandó vigilar todos los pasos de barca y los vados de los ríos para darles muerte; y así se hizo. Pues ellos, al llegar allí de noche, unos fueron hundidos en los ríos por los que estaban en las barcas, otros fueron muertos, y los que alcanzaban la orilla eran muertos por los que vigilaban las riberas; no pudieron hallar camino ni atajo donde la venganza del Señor no recayera manifiestamente sobre ellos en todo lugar; de modo que, no muchos días después, sus reyes y príncipes fueron apresados y llevados a Ratisbona y, para ignominia de su pueblo, los colgaron en la horca junto con otros muchos de sus compatriotas.

XIII

El rey Otón, teniendo su poder en Dios, confirmó con mano de autoridad a su hermano Enrique en su dominio, y él volvió victorioso a Sajonia, como solía. El venerable obispo Ulrico, cuando el rey se marchó de Augsburgo, fue a los lugares donde se había librado la batalla buscando a su hermano Dietpaldo y al noble Reginbaldo, hijo de su hermana; y hallándolos, los llevó a Augsburgo

y los sepultó fielmente a ambos en una misma tumba en la iglesia de Santa María, ante el altar de santa Walburga virgen. Hechas así estas cosas, como se ha contado, el obispo, aunque fatigado por muchas adversidades, cobró ánimo, como mejor conviene a todo el que espera en Dios, y comenzó a tratar con los suyos cómo podría superar del modo más adecuado los daños que se cernían sobre ellos. En primer lugar, cómo sustentaría a la saqueada comunidad de clérigos para que cumpliera el ministerio cotidiano del servicio de Dios en la iglesia, pues sabía que no tenían alimentos; y por eso, con lo que él mismo, así saqueado, pudo tener, y con lo que gentes bienintencionadas le enviaron y ofrecieron, les hizo comer y beber asiduamente en su presencia según sus posibilidades, y los sostuvo con toda clase de ayudas, hasta que por sí mismos aliviaron la miseria del saqueo y sus tierras, trabajadas de nuevo, les dieron el sustento necesario; y sus propias tierras, quemadas por el fuego y reducidas a la desolación con las cosechas destruidas, mandó renovarlas con diligente trabajo en los campos y en los edificios; y la servidumbre, laboriosa en obedecer su mandato, puso así manos a la obra y, a su debido tiempo, las restituyó al uso, cuanto lo permitían sus fuerzas.

La iglesia de Santa Afra, que había sido quemada por los paganos, no estaba todavía reedificada, sino que una choza techada con paja protegía los altares de las lluvias y de las inclemencias del tiempo; el sepulcro del obispo Simperto, situado en el coro junto a las gradas, seguía aún

sin techo; y, advertido en una visión de que lo cubriera, lo cubrió con maderos ensamblados con arte a modo de tapa.

No mucho tiempo después, fue advertido de nuevo de que no tardara en reedificar la casa de Santa Afra. Como trataba muy a menudo de su restauración, de cómo podría hacerse del modo más conveniente y de cómo adornaría del modo más adecuado la parte oriental de la iglesia colocando debajo una cripta, y no le venía al ánimo certeza alguna, comenzó, con continuas oraciones y ayunos, junto con sus familiares y con presbíteros piadosos, a implorar en secreto y con suma devoción la misericordia de Dios para que se le mostrara el lugar en que había sido depositado el cuerpo de santa Afra, y si era lícito construir una cripta en el lugar que él deseaba. Para que no hubiera duda de que su oración y su ayuno llegaban a los oídos del Señor, según el canto del santo profeta David: He aquí que los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus súplicas (Sal 34,16), una noche se le apareció en visión santa Afra y le mostró en la iglesia el lugar donde había sido depositado su cuerpo, como está escrito en el relato de su pasión, a la segunda milla de la ciudad de Augsburgo. Pero le prohibió hacer la cripta en el lugar que había previsto, a causa de las reliquias de los santos que en aquel lugar han de esperar en reposo el día del juicio.

Instruido por esta revelación sobre lo que debía hacer, hizo reedificar a toda prisa los muros, derribados en su mayor parte por los incendios, y añadió un codo a su altura anterior; adornó la

parte occidental de la iglesia con una cripta adecuada; mandó cortar y traer con sumo empeño la madera para la techumbre, cuidadosamente medida en su presencia, y no descansó hasta cubrirla enteramente de tejas; y por dentro revistió la nave de la iglesia con artesonados y la adornó con luminosas pinturas, e hizo devolver los ornamentos de la iglesia que, por causa de los bárbaros, habían sido llevados a la ciudad y guardados en la iglesia madre.

XIV

Me parece oportuno insertar aquí cómo se ha manifestado con señales ciertas que aquel lugar de la parte oriental de la iglesia está siempre bajo la gran custodia de Dios. Un hortelano llamado Adelpoldo, paseando por allí entre la hierba, encontró una cueva, y al entrar en ella vio una hermosa capillita amurallada bajo tierra; y fue a contárselo al obispo, diciendo: «En este lugar puedo guardar mis hortalizas y otras cosas necesarias.» Él le respondió advirtiéndole: «Si haces esto, no hay duda de que perderás el sentido y la salud de tus miembros.» Pero el hortelano, sin creer las palabras del obispo, comenzó sin su licencia a juntar aquellas cosas en la cueva; y al hacerlo perdió el sentido junto con el oído y la vista. Cuando se lo comunicaron al obispo, mandó que le trajeran al hortelano y le dijo: «¿Por qué quisiste ocupar aquel lugar santo despreciando mi mandato?» Y él, aunque privado del sentido, respondió: «No lo niego; sé que por esa culpa, por no haber obedecido tus mandatos, he caído

en esta tribulación.» El benévolo obispo, compadecido de sus tribulaciones, le concedió el perdón con su bendición y, con el favor de Dios, le devolvió la salud. ¡Cosa admirable! Aquel hortelano nunca pudo volver a encontrar la cueva.

Después el obispo hizo venir a unos sepultureros y les mandó cavar para él un sepulcro en la parte sur del muro exterior de la iglesia y cercarlo por fuera con un muro, y, abriendo el muro de la iglesia, curvar encima un arco de mampostería; y dispuso que se hiciera un arca adecuada para cubrir el cuerpo en el sepulcro, y que encima se colocara un tablado espeso, incorruptible por mucho tiempo, sujeto con ensambladuras cuidadosas. Hechos estos preparativos para sus exequias, desde entonces acostumbraba visitar cada semana aquel lugar el viernes y ofrecer allí el sacrificio, si alguna otra ocupación o su ausencia no se lo impedían.

Entretanto, por don de la clemencia de Dios, la concordia de la paz iluminaba estas regiones y ninguna turba de persecuciones apartaba del servicio de Dios a los ánimos bien dispuestos; por eso decidió ir a Roma, y llegó allí felizmente, visitó con humildad y devoto afán los umbrales de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y allí, derramadas sus oraciones y repartida a los pobres una larga limosna, fue recibido con honra por Alberico, príncipe de los romanos, y, colmado de frecuentes atenciones y regalos, permaneció allí algunos días. Y como, durante su estancia allí, había dado a entender que quería adquirir reliquias de santos, vino a él un clérigo y lo llevó

en el silencio de la noche a una iglesia donde se guardaba, encerrada en un altar, la cabeza de san Abundio mártir; y mostrándole su pasión y presentándole la cabeza, juró sobre las reliquias que el obispo había traído consigo que aquella era la cabeza del mismo Abundio cuya pasión se acababa de leer en su presencia. Cuando el obispo oyó prestado el juramento, dio al clérigo la recompensa convenida, y tomando la cabeza de san Abundio la llevó consigo a Augsburgo, y allí la colocó gloriosamente para consuelo de muchos.

Visitaba a menudo el monasterio de San Galo, donde había sido instruido en el saber de las letras, y daba allí un banquete a los monjes que servían a Dios; y desde allí iba a la celda de san Meinrado, a ver al siervo de Dios san Eberardo y a socorrerle a él y a los monjes que le estaban sujetos en todas las necesidades que pudiera conocer. La última vez, viviendo aún Eberardo, cuando debía partir de allí, terminada una conversación llena de todo afecto y recibida la despedida con oraciones en la iglesia, salió hacia el carruaje que había de llevarlo de vuelta; y cuando estaba ya dispuesto a partir y no pensaba volver a ver aquel día a san Eberardo, este, de repente, vino tras él como con prisa y, repitiendo los besos de caridad, le dijo con ojos llorosos: «Desde esta hora no volverás a verme, hasta que, libres de los cuerpos, merezcamos vernos en la presencia de Dios.» El obispo respondió a sus palabras: «Dulcísimo padre, ¿sabes, pues, con certeza que yo partiré pronto de este siglo?» Él le respondió: «El fin de tu vida no está todavía cerca; pero no dudes de

que son verdaderas las palabras que acabo de decirte.» Dichas estas palabras, el obispo regresó, y antes de que volviera a visitar aquella celda, Eberardo partió felizmente de este siglo.

XV

En otra ocasión fue a la región de los borgoñones y visitó con gran humildad y fervor el lugar de Agauno donde san Mauricio con sus compañeros sufrió el martirio por el nombre del Señor. Antes había recibido del rey de los borgoñones la promesa de que, por su donación y ayuda, podría llevar de allí a Augsburgo a uno de los santos mártires. Y cuando llegó allí un sábado, encontró el monasterio recién incendiado por los sarracenos, y no vio a ninguno de sus moradores, salvo a un sacristán que custodiaba el monasterio quemado. Pasó allí la santa noche en las alabanzas de Dios, y por la mañana, cuando el rayo del sol difundía por primera vez su luz sobre la anchura de la tierra, celebró una misa de la Santísima Trinidad; y terminada esta, cuando acababa de comenzar a celebrar otra conforme a la veneración del día del Señor, llegaron doce clérigos con una multitud de pueblo y se quedaron oyendo la celebración de su ministerio. Terminada, el santo obispo saludó a aquellos hermanos, los honró con regalos y les dio a conocer por qué había venido allí. Ellos, percibiendo la dulzura de su alegría y la piedad de su santidad, para que no se fuera privado de su grato deseo, abrieron la cueva excavada en la roca donde yacían los santos

y lo alegraron regalándole una gran parte de las santas reliquias.

Y cuando volvía de allí, con la grata licencia de los clérigos y la amantísima despedida del pueblo, visitó la ciudad de Constanza para orar, y de allí fue a la isla de Reichenau, donde fue recibido con caridad por el abad Alawico y bien atendido con toda clase de comodidades. Y mientras conversaban amigablemente entre sí, le contó todo lo que le había sucedido en el viaje. El abad, en su benevolencia, al oír que había salido por amor a los santos restos, satisfizo su deseo, le regaló una parte no pequeña del cuerpo de san Mauricio y de las reliquias de otros muchos santos, y lo dejó partir contento.

Al acercarse a la ciudad de Augsburgo, envió por delante mensajeros con el encargo de que los clérigos con el pueblo salieran con honra al encuentro del deseado regalo de santas reliquias que traía consigo, con cruces, incienso de aromas y agua bendita, y que, recibiéndolo gloriosamente con alabanzas y melodías convenientes, lo condujeran con honra junto con él a la iglesia consagrada en honor de santa María, Madre de Dios. Cuando fue conducido allí, el obispo lo depositó con cuidado en un arca cubierta de oro y plata, para alabanza de Dios omnipotente y auxilio del pueblo que acude, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea el honor y la gloria por los siglos infinitos de los siglos. Amén.

XVI

Sirviendo siempre en la voluntad de Dios con tales afanes y otros semejantes, se esforzaba en cómo podría enaltecer con toda clase de honras el obispado que había recibido para gobernar, y trabajaba incansable por acrecentar el servicio de Dios y de santa María, Madre de Dios; y por eso en todas partes se le adelantaba la gracia de Dios, como se halla escrito en los Salmos: Cumplirá la voluntad de los que le temen, escuchará su súplica y los salvará (Sal 145,19); y según el Apóstol, que dice: Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan para bien (Rom 8,28), etcétera. Honrado con múltiples maravillas de Dios y fortalecido por una fe firme, obtenía los deseos de su voluntad y ayudó a muchos en sus necesidades, pero ocultó con humildad, cuanto pudo, el poder que tenía; porque muchos que padecían la enfermedad caduca recobraban la salud al recibir la bendición de su santidad, si no le decían por qué pedían la bendición; pero a los que le manifestaban abiertamente la aflicción de su necesidad, por humildad los dejaba ir sin la bendición, diciendo: «Yo no soy digno de poder libraros de esta enfermedad.»

El óleo santificado por él el día de la Cena del Señor resultó tan saludable que muchos enfermos, ungidos por él, recobraban rápidamente la salud, y muchos que tenían los ojos nublados y se creían privados para este siglo del don de la luz presente, merecieron al contacto de este óleo volver a gozar de la claridad de sus ojos. Esto no lo supe porque nadie me lo contara, sino que lo

vi con mis propios ojos realizado en muchísimas personas.

Tampoco conviene callar la curación del propio obispo: en cierta ocasión, habiendo decidido volver del monasterio de San Galo a la ciudad de Augsburgo, llegó a Kempten y fue presa de una enfermedad tan grave que no podía caminar por sí mismo sin ayuda de otros, y no le alcanzaban las fuerzas para tomar alimento con que reponer el cuerpo. Envió rápidamente mensajeros a la ciudad de Augsburgo y mandó que le trajeran de allí el óleo consagrado por él; y cuando los mensajeros volvieron la vigilia de Pentecostés a la hora nona del día, mientras la comunidad de los monjes asistía todavía al oficio solemne de la misa y él había oído el sagrado misterio en su cámara, se le presentó el óleo; y terminado el sagrado misterio, los monjes fueron introducidos ante él, en presencia de los clérigos que habían venido allí con él, y cantados por su enfermedad los siete salmos y rezada devotamente la letanía, los hermanos volvieron al claustro y dejaron a un santo monje llamado Hiltino, con sus dos presbíteros, para que lo ungiera con el santo óleo.

Realizada la unción, según la enseñanza del apóstol Santiago: ¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame al presbítero de la Iglesia (Sant 5,14), etcétera, el obispo dijo al preboste: «Atended como conviene, en mi lugar, a estos que me han ungido y a los demás compañeros míos, con los bienes que Dios nos ha concedido hoy.» Y cuando se habían sentado a la mesa para comer y todavía no habían terminado la comida, llegó un mensa-

jero de parte del obispo diciendo: «Estad de buen ánimo y reponeos con gozo, porque nuestro señor el obispo, aunque la semana pasada no podía tomar ni un bocado de pan para alimentarse, ahora, por don de Dios, come y, recobrada la salud, ha mejorado.» Ellos, al oír la grata noticia, alabando todos juntos a Dios y dándole gracias, se llenaron de alegría. Llegada la hora vespertina y apenas sonó la señal de Vísperas, se levantó al instante, fue a pie a la iglesia y permaneció allí incansable en las alabanzas de Dios mientras los hermanos cantaban largamente el oficio vespertino según el uso de los monjes; y después, fortaleciéndose de día en día, pronto recobró por completo su antigua salud.

¡Oh, cuán grande es la abundancia de la dulzura de Dios, que le concedió a él con tanta rapidez como remedio lo que él había preparado para otros como medicina y para el perdón de los pecados, a fin de que por su fe perfecta se confirmara la fe de muchísimos otros!

XVII

Conviene también que refiera en este lugar otro suceso, que supe por boca de su capellán Herewigo. Un día, como por algún asunto necesario tenía que cruzar a caballo el río llamado Wertach, y este había crecido con la riada, todos los compañeros del obispo evitaron el vado directo y buscaron otros vados más practicables, y solo el dicho Herewigo se quedó con él; y él cruzó sin temor el vado que los otros habían rehuido, calzado con unas calzas de paño basto a causa del

frío, porque era invierno. El dicho Herewigo, cruzado el río, quedó empapado de la cintura para abajo, aunque montaba un caballo más alto que el del obispo; y mirando las ropas del obispo por si el agua las había calado, no vio ni un solo pelo mojado ni siquiera en sus calzas, y dijo al obispo: «Yo estoy calado de humedad, y a vuestra alteza no se le ha mojado ni un pelo de las calzas.» El obispo le dijo: «Lo que has visto, no te atrevas a contárselo a nadie mientras yo viva.»

En otra ocasión, habiendo decidido ir a una asamblea del emperador Otón en la ciudad de Ratisbona navegando por el Danubio, un día, porque los barqueros miraban descuidadamente hacia delante, la nave chocó con mala fortuna contra un madero, se llenó de agua y amenazaba con hundirse con todos. Todos, turbados y sobrecogidos de temor, se apresuraron a llevar con gran esfuerzo la nave a la orilla. Llevada la nave a tierra firme, sacaron a la orilla lo que había dentro, pero se olvidaron del obispo, que estaba sentado en la popa. Uno de los clérigos, llamado Mesi, atónito de gran estupor, dijo: «¡Ay de nosotros, miserables, que no hemos ayudado a nuestro señor en este peligro!»; y dicho esto, corriendo por el agua profunda que se había juntado en la nave, se puso los brazos del obispo sobre los hombros y lo sacó fuera de la nave; y una vez descargado todo y salido él el último, la nave se hundió en lo profundo por la parte de popa.

¿Qué tiene de extraño que la nave cargada no pudiera hundirse mientras él estaba sentado en ella, sino que se mantuviera sobre el agua por

mandato de aquel que por su propia voluntad afirmó las olas del mar para que el bienaventurado apóstol Pedro caminara sobre ellas? Así, no por su propia condición, sino por los méritos del que iba sentado en ella, la nave se vio obligada a flotar entretanto sobre las aguas hasta quedar libre de todas las provisiones y cargas, y solo después se anunció que se había hundido.

XVIII

En cierta ocasión, deseando con ardiente ánimo visitar Roma, llegó al río llamado Tarco y lo halló tan peligroso por la crecida de las aguas que ninguno de los que llegaban por una y otra parte esperaba poder pasarlo aquel día ni otro; el santo obispo, confiando en Dios, se apresuró a revestirse con los ornamentos de la misa, celebró devotamente la misa con sus compañeros en la orilla del río y, después de la misa, cruzó dicho río con tanta facilidad que a ninguno de sus compañeros le ocurrió contratiempo alguno, sino que todos siguieron su camino sanos y salvos, alabando a Dios con gozo.

XIX

Como se entregaba con sumo fervor a los múltiples servicios de Cristo y procuraba acrecentarlos por todas partes, por don de Dios concibió el propósito, a causa de la piedad de una monja llamada Emoza, de establecer una comunidad de monjas junto a la iglesia de San Esteban protomártir, someterla a la regla de la santidad y unir-

las con el santo velo como esposas a Cristo Dios. Hecho esto, una mujer que, con el consentimiento de su marido, había renunciado al matrimonio, se unió a esa comunidad profesando obediencia por la recompensa de la bienaventuranza futura; no era muy instruida en el saber de las letras, pero tenía gran diligencia para los trabajos exteriores necesarios, y por eso las demás monjas quisieron hacerla cillerera. Como ella se negaba, se lo comunicaron al obispo y le suplicaron que le encomendara con su autoridad el oficio de cillerera. El obispo, accediendo a la súplica, mandó que la dicha monja fuera cillerera; pero ella no obedeció el mandato del obispo, sino que intentó persistir en su anterior negativa.

La noche siguiente oyó en sueños una voz que le decía: «Porque no obedeciste el mandato del obispo, serás privada del uso de andar hasta que él te absuelva.» Al despertar, sintió sus miembros tan desatados que no tenía ninguna capacidad para andar. Atada por esta enfermedad, esperaba penosamente la llegada del obispo. Entretanto se acercaba el tiempo del sínodo, y el obispo volvía a Augsburgo; al oírlo la monja enferma, pidió que la llevaran a la iglesia de Santa María y la pusieran ante su vista; y cuando llegó a su presencia, comenzó a implorar su misericordia para merecer ser absuelta por él de las penosas ataduras de la enfermedad. Oída su súplica, el obispo la reprendió por su desobediencia y la despidió agraciada con el don de su bendición y a la vez de su perdón. Y cuando el obispo se apartaba de ella, al instante, recobrada la salud, se le adelantó corriendo antes

de que él recorriera la iglesia, y, postrada ante su alteza, alabando a Dios por la salud recobrada, prometió que en adelante se enmendaría de su desobediencia, y volvió contenta a su morada.

XX

Cantando himnos al Señor, el santo obispo comenzó después, en tiempo oportuno, a edificar una iglesia en forma de cruz en el cementerio de Santa María; y terminada la construcción y levantados en ella cinco altares, la dedicó en honor de san Juan Bautista, hizo colocar en ella una pila bautismal labrada en piedra y, dotándola legítimamente, la encomendó a un presbítero para que cuidara de los oficios divinos; y mandó que el clero de la catedral la visitara con reverencia cada semana el sábado y en otras festividades solemnes, con el Evangeliario, cruces y cirios y con alabanzas a Dios; y que en la semana de Pascua, que llaman «in albis», como entonces es costumbre cantar tres salmos en Vísperas, fueran allá en procesión y cantaran los dos restantes con una antífona y su tono en hermosa melodía; y él mismo solía ofrecer allí muy a menudo a Dios el sacrificio de salvación.

XXI

Deseando salvar su alma en sus últimos días, resolvió en su ánimo, aunque sentía que las fuerzas de su cuerpo menguaban de día en día, esforzarse con devota intención por visitar los umbrales de los apóstoles Pedro y Pablo. Cuando

había recorrido un breve trecho del camino en carruaje y llegó a caminos más ásperos, no pudo seguir adelante hasta que, acostado en un lecho puesto sobre caballos, comenzó a avanzar de ese modo; y avanzando así, aunque a sus compañeros les parecía peligroso en todas partes, con la ayuda de Dios y del santo apóstol Pedro llegó a Roma sin peligro; y cumplidos allí con suma devoción los votos y promesas que había hecho de antemano, recibidos los dones de gratísimos beneficios y de indulgencias, y obtenida con honra una saludable licencia de san Pedro y de su vicario el pontífice, y de los demás que sirven allí a Dios en San Pedro, emprendió un feliz regreso y dispuso visitar Rávena.

Al acercarse, supo que el glorioso emperador Otón residía allí con la emperatriz Adelaida, y, enviando por delante un mensajero, le anunció su llegada; y él, siguiendo de cerca al mensajero, llegó a la puerta de la cámara del emperador. El emperador, al saber que estaba tan cerca, con un pie calzado y el otro todavía descalzo, por humildad y por el ardor del amor divino, se apresuró afectuosamente a recibirlo. Y cuando, llamada la emperatriz, gozaban en la cámara de una dulce conversación y, hablando por turno, resolvían el curso de diversos asuntos, el santo varón comenzó a suplicar al emperador, con la ayuda de la emperatriz, que encomendara fiel y firmemente a Adalberón, hijo de su hermana, la administración de su obispado, con el gobierno de la servidumbre y de todos los asuntos seculares que le pertenecían; y que mereciera recibir de la alteza de su

poder imperial la consoladora promesa de que, después de su partida, daría a Adalberón la cátedra de la potestad episcopal; a fin de que a él se le concediera la posibilidad de un mayor sosiego para dedicarse a la oración y al orden de la Iglesia, y a la firmeza de la vida cristiana. El glorioso y benévolo emperador, accediendo a su petición, encomendó a Adalberón la gestión de los asuntos seculares y prometió darle el honor de la cátedra episcopal después de la vida del obispo, si Dios quería; y además obsequió al obispo con muchas libras de oro y lo dejó partir con afecto, y por medio de sus fieles dispuso con cuidado sus alojamientos, con el demás servicio necesario, hasta el término de aquella provincia.

XXII

Cuando el obispo y el dicho Adalberón volvieron llenos de alegría a la ciudad, fueron recibidos con honra, como convenía; y todos los que se hallaban allí, al saber de su próspero regreso y de la honra que les había hecho el emperador, se alegraron mucho. Entonces el dicho Adalberón reunió a los caballeros del obispo y quiso que le prestaran juramento de fidelidad, y así lo hicieron en presencia del obispo; y lo mismo hizo la servidumbre en todo el obispado. El obispo, por su parte, vestía un hábito hecho al modo de los monjes, cuya regla ya antes solía seguir con virtudes de muchas clases. Mientras esto sucedía, a causa de la rivalidad de ciertos clérigos que pensaban que, tras la muerte del santo obispo, podrían obtener el obispado por concesión de la

alteza imperial, Adalberón se atrevió a llevar en público el báculo episcopal, para quitarles toda esperanza de obtener el obispado.

XXIII

Después, cuando los emperadores, es decir, el padre y su hijo, volvían de Italia a Francia, se celebró un sínodo en el lugar llamado Ingelheim, al que los arzobispos con sus demás sufragáneos invitaron con honra a san Ulrico por medio de sus legados; y dispusieron que viniera con él su sobrino Adalberón. Cuando llegaron allí, y los prelados reunidos en aquel lugar supieron que Adalberón llevaba en público el báculo episcopal, se airaron contra él y decían que había caído en herejía contra la regla de la rectitud canónica, y que, viviendo aún el obispo, se arrogaba más de lo justo el honor de la dignidad pontifical, y que por eso ya no convenía que fuera ordenado obispo. Al oír esto, el primer día evitó entrar en la asamblea sinodal y se quedó en otra casa con los demás clérigos del obispo. El obispo, en cambio, entró en el sínodo con unos pocos de sus capellanes.

Cuando los obispos comenzaron a deliberar entre sí, quisieron que la causa de cada uno se resolviera hablando en latín; y como había que debatir la causa de san Ulrico, y él, por su enfermedad, no podía exponer sus razones con voz tan sonora que la oyera todo el sínodo, se llamó a uno de sus clérigos, llamado Gerardo, que se había quedado fuera del sínodo con Adalberón, para que expusiera en su lugar, hablando en latín, las razones de su deseo. Y cuando, a duras penas

por la apretura de la multitud, logró presentarse ante los emperadores y los obispos, se le preguntó qué deseaba su señor. Como le multiplicaban las preguntas, dijo: «No debo responder a vuestras preguntas en nombre de mi señor si él no me lo manda.» El obispo le dijo: «Hermano, bien conoces mi deseo; exponlo, y suplica que, con su consejo y su permiso, con la ayuda de Dios, se cumpla.» Entonces el dicho clérigo Gerardo habló en presencia de todos: «Excelentísimos emperadores y religiosísimos prelados, el deseo de mi señor es dejar el siglo, abrazar una vida santa según la regla de san Benito y esperar en la vida contemplativa el día de su muerte. Ciertamente, en la vestidura de su hábito exterior podéis conocer la voluntad de su ánimo interior.» Llevadas hasta el fin estas y otras razones conforme a la voluntad de su señor, cayó en tierra a los pies de los emperadores y de los prelados, suplicándoles que no desdeñaran cumplir la petición de su señor según la voluntad de Dios.

Ellos pidieron todos a una un plazo para responder hasta el día siguiente, y después deliberaron entre sí cómo había de resolverse la causa de Adalberón. Algunos de los obispos fueron valedores de Adalberón, para que no quedara excluido del todo de la esperanza de la ordenación episcopal después de la vida de su tío. Mientras trataban de esto entre sí, coincidiendo al fin en un mismo parecer, todos a una establecieron que, si Adalberón no se justificaba con juramento de que no sabía que fuera herejía haber tomado la potestad episcopal con el báculo, en modo alguno

podría en adelante llegar legítimamente a ser obispo.

Al día siguiente también Adalberón asistió con el obispo a la asamblea sinodal, y cuando se le imputó el dicho delito, se propuso defenderse de él, junto con sus valedores, con muchas objeciones y alegatos de toda clase. Como la asamblea de todos los obispos no se lo admitió, prestó el juramento conforme a la decisión de los obispos antes dicha, por el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, sobre los cuatro Evangelios. Entonces el obispo Ulrico pidió de nuevo, por medio de su dicho clérigo, la respuesta a su petición, que la víspera había sido aplazada; porque deseaba que su dicho sobrino fuera ordenado obispo y que él mereciera servir en un monasterio, con el consentimiento de ellos, según la regla de san Benito.

Los obispos, aunque no les agradaba en absoluto, no quisieron contradecir abiertamente su petición en el sínodo; pero los más sabios de ellos, con el consejo de los demás, le pidieron que saliera a caminar con ellos fuera del sínodo, y allí tuvieron una conversación secreta con él y con sus clérigos más sabios, diciendo: «Reverendo Padre, que conoces la norma de todos los libros de la Iglesia y que siempre has caminado por la senda de la rectitud sin desviarte, no conviene que ahora, abandonando el camino que siempre has seguido, tome de ti su semilla un error tal como que otro sea ordenado en tu lugar viviendo tú; porque si por tu ejemplo empieza a practicarse semejante costumbre, en adelante crecerán

muchas adversidades para muchos reverendos y buenos obispos por parte de sus sobrinos y clérigos que deseen tales cosas. Mejor es para ti permanecer sirviendo a Dios en el ministerio en que comenzaste que, siguiendo tu voluntad, causar escándalo a muchísimos otros; porque es por ti como deben ser sujetados al estado de rectitud los canónigos, los monjes, las monjas y los demás cristianos, que por sí mismos se apresuran a caer en todas las tierras. Y los que cayeron por caminar sin cautela, cabe esperar que puedan ser levantados por ti, con la ayuda de Dios. En cuanto a tu sobrino Adalberón, para satisfacer tu voluntad, establecemos en común que, después de tu partida, ningún otro sea ordenado por nosotros, mientras él viva, para el lugar en que tú eres pastor, sino él mismo.»

Conforme con estos consejos, el santo obispo Ulrico volvió con ellos al sínodo, y entonces, con el consentimiento de los demás prelados, hizo que el emperador encomendara a Adalberón, en presencia de ellos, la administración de sus asuntos y el encargo de llevar a cabo bajo él, en todo, el cuidadoso gobierno de todo el obispado. Resueltas así estas cosas y terminado el sínodo, el obispo y Adalberón regresaron con los suyos a Augsburgo.

XXIV

El dicho sínodo se celebró en otoño; y al llegar después el tiempo pascual, terminada la Semana Santa, el obispo y Adalberón, por amable invitación del conde Riwino, hijo de Dietpaldo,

hermano del obispo, fueron al castillo llamado Dillingen para quedarse allí algunos días en caridad con él y con su esposa, llamada Hildegarda. Pasados unos pocos días, Adalberón se hizo sangrar allí con la lanceta, y después se sentó a cenar con el obispo, y al levantarse de la cena se acostó en su lecho para descansar. Y cuando cada uno se hubo retirado a su alojamiento, esa misma noche Adalberón murió de muerte repentina, en el año 973.

Cuando su presbítero Herewigo entró en la cámara del obispo para anunciárselo, el obispo, adelantándose a sus palabras, le dijo: «Mira, Adalberón ha muerto.» Él le respondió: «Para eso entré aquí, para anunciártelo; nadie ha venido a ti antes que yo; ¿cómo has podido saberlo?» El obispo le respondió: «Ve y despierta a Riwino y a todos los que están con nosotros, para que preparen en seguida un carro en que llevemos su cuerpo a la ciudad de Augsburgo.» El obispo envió legados a Augsburgo y mandó que se preparara en la iglesia de Santa Afra el sepulcro de Adalberón junto a su propio sepulcro; y así se hizo.

Él, con los que lo acompañaban, puso el cuerpo en un carro y, enganchados delante los caballos, lo llevó a Augsburgo con gran concurso de pueblo. El clero de la catedral, con cruces, agua bendita, cirios e incienso, y con una gran multitud de la servidumbre y del resto del pueblo, salió al encuentro del que llegaba, y, recibiéndolo con honra, lo condujeron con oraciones y cantos convenientes hasta el lugar del sepulcro; y allí,

celebradas las vigilias y ofrecido a Dios por su alma el sacrificio de salvación, y encomendada por el obispo el alma a Dios omnipotente, sepultaron el cuerpo con suma devoción. Terminada la encomendación del cuerpo y vuelto el obispo con tristeza, todos regresaron a sus casas con llanto, lamentos y gran aflicción, porque habían perdido tan pronto, depositado en la tumba, a un varón nacido de noble linaje, hermoso, bien instruido en el arte de la gramática, celoso en el servicio de Dios, diligente en las buenas obras, prudente en su dulce elocuencia, generoso en el dar, entristecido por las desgracias ajenas, colmado de la riqueza de muchas virtudes, presto en socorrer a los desdichados, adornado de toda clase de benevolencia.

XXV

El piadoso prelado, enviando un legado, comunicó al emperador la muerte de su dicho sobrino y pidió que se le diera la abadía llamada Ottobeuren, que su poder imperial había concedido a Adalberón, no por avaricia, sino con la intención de poder restituir a los monjes que allí servían a Dios la libertad que él había obtenido antes para ellos del mismo emperador, puesta por escrito y sellada. El emperador concedió la abadía por medio del mismo mensajero y le envió en respuesta gran consuelo y múltiples saludos. Al volver, el mensajero halló al obispo en el lugar llamado Staffelsee y le refirió todo esto. Pocos días después, mientras aún permanecía en el mismo lugar, un mensajero que pedía sufragios

de oración por el alma del emperador le anunció su muerte.

Cuando regresaba de allí a Augsburgo, vinieron sus sobrinos, el conde Riwino, hijo de su hermano Dietpaldo, y el conde Hupaldo, hijo de su hermano Manegoldo, y le rogaron que fuera a la villa llamada Wittislingen y les mostrara cómo disponer la iglesia que hay allí, donde habían sido sepultados los cuerpos de sus parientes (él mismo les había advertido antes a menudo que la mejoraran y encerraran dentro de ella esos cuerpos, para que no los empapara más la lluvia de los tejados), y de qué tamaño debían hacerla. El santo obispo, aunque sabía con toda certeza que estaba próxima la separación de su cuerpo y de su alma, fue sin embargo allí por amor de Dios y por el afecto que les tenía, y con previsora disposición les enseñó cómo ampliar aquella iglesia sobre dichos cuerpos; y se quedó allí algunos días con sus sobrinos, y de allí llegó al castillo llamado Sulmetingen, a petición de Manegoldo, hermano del dicho Adalberón.

Durante el viaje, antes de llegar allí, habían acampado en un campo, por el pasto, junto a la aldea llamada Gerlenhofen, y cuando el sol comenzaba a hundir en el ocaso los rayos de su luz, llegó un hombre que dijo que el obispo Conrado había muerto con toda certeza; y nombró el día de su muerte y el día en que su cuerpo fue puesto en el sepulcro. Al oír esta noticia, los clérigos y sus demás compañeros quedaron atónitos, y pensaron enviar en seguida un mensajero a Augsburgo para que se cumplieran por su alma las oraciones

acostumbradas. El santo obispo, que sabía con toda certeza la verdad del asunto, les dijo con palabras afables: «No enviéis todavía al mensajero; mañana al alba sabréis cómo está el obispo.» Y al día siguiente, al alba, llegó uno de Constanza que desmintió con verdad la muerte del obispo y anunció que se encontraba bien, como de costumbre.

El santo obispo Ulrico terminó el viaje emprendido, y allí, como invitado a un banquete, después de ofrecer el sacrificio de salvación, que procuraba ofrecer a Dios cada día por sí mismo aunque estaba muy falto de fuerzas corporales, se sentaba cada día a la mesa con los comensales, pero no daba a su cuerpo ningún alimento, salvo que se llevaba a la boca migas de pan empapadas en agua, y aun estas, muchísimas veces, una vez sorbida el agua, las echaba fuera de la boca; pero a veces, sentado todavía a la mesa, reponía el cuerpo con sorbos de agua.

Concluidos allí los asuntos para los que había sido llamado, emprendió la partida; al día siguiente llegó al lugar llamado Utiuntiga, y allí, convocando a los monjes del monasterio llamado Ottobeuren, comenzó a considerar con previsión, con ellos y con sus fieles, cómo podría restituirles la libertad que, como dije antes, había obtenido para ellos del emperador; y les dijo: «Elegid de entre vosotros uno como abad, que se muestre útil en el servicio de Dios y cuidadoso de vuestras necesidades. Si elegís al que a mí me parece bien para esto, le encomendaré la abadía hasta que se presente ante mi señor el emperador; pero

si elegís a otro que no sea de mi agrado, no se la encomendaré.» Ellos respondieron: «Nómbrenos vuestra santidad al que agrade a vuestra señoría, para la elección de nuestra comunidad.» Entonces les dijo: «Para este ministerio nombraré a vuestro hermano Rudungo.» Al oír esto, los hermanos pidieron un plazo hasta que pudieran hablar todos juntos, para ver si esta elección podía hacerse con el consentimiento de todos los hermanos. Cuando los hermanos, reunidos en el lugar señalado, comenzaron a deliberar entre sí sobre dicha elección, a algunos hermanos les agradó y a otros les desagradó; pero, fortalecidos con el consejo de sus amigos y obedeciendo a la voluntad del obispo, se pusieron de acuerdo y eligieron abad a Rudungo, y, volviendo con él ante el obispo, le comunicaron la elección hecha por su comunidad. Oído esto, el obispo, tomando el báculo, encomendó la abadía al dicho Rudungo hasta que se presentara ante el emperador, que entonces había sucedido en el imperio a su padre del mismo nombre, y lo encomendó a sus sobrinos y a otros fieles suyos para que lo presentaran a la alteza del emperador y, ayudándole ellos con fidelidad, este se lo confirmara. Cumplido todo esto, volvió a la sede de su propio obispado.

XXVI

Cuando entró en las murallas de la ciudad de Augsburgo, lo invadió una gran tristeza por la muerte de su sobrino Adalberón y por el fallecimiento del emperador, a quien siempre había guardado fidelidad en todo y cuyo amor estaba

firmemente unido a su pecho. Por el descanso de las almas de ambos repartió muchas limosnas a los pobres, y derramaba cada día ante el Señor muchas oraciones y súplicas para que se dignara tener misericordia de ellos. No dejaba de celebrar cada día el oficio de la misa, hasta que las fuerzas del cuerpo se le fueron retirando de tal modo que ya no podía en manera alguna sostenerse en pie por sí mismo. Se sentaba a la mesa y daba de comer a los que se sentaban con él, mientras él se abstenía como quien ayuna; y después, en la iglesia o en su cámara, se recreaba con el dulce canto de los salmos o escuchando las lecturas sagradas.

Cuando las fuerzas del cuerpo le faltaron hasta el punto de no poder cantar la misa por sí mismo, se hacía llevar cada día a la iglesia y no dejaba de oírla con suma devoción, perseverando entretanto en fervorosas oraciones. Ciertamente, cuando después de terminada la misa entraba en su cámara, no se entregaba al reposo del lecho antes de la hora de Vísperas, sino que se sentaba calzado en su silla, y a veces se reclinaba sobre un cojín hacia el lado derecho, a veces hacia el izquierdo, y a veces, sentado, apoyaba la espalda en el respaldo de la silla en que estaba sentado. Y después de completar el oficio y el salterio entero, escuchaba las lecturas de los libros sagrados que le leía el preboste Gerardo, y a veces gozaba con él de una dulce conversación sobre ellas.

Terminada una conversación entre ellos, el dicho clérigo le preguntó: «Señor, ¿tienes esperanza de que por esta enfermedad tu muerte esté próxima?» Él le respondió como reprendiéndolo:

«¿Por qué has hablado así? No lo espero: sé con toda certeza que el día de mi muerte me llegará dentro de no muchos días.» Entristecido por ello, el presbítero le pidió perdón y le dijo: «Señor, ¿a cuál de los obispos mandas llamar para la encomendación de tu cuerpo?» Él le respondió: «En el tiempo en que mi alma ha de dejar este cuerpo no podréis llamar aquí a ninguno de ellos: porque mi compañero de provincia, el obispo Conrado, está retenido por una enfermedad tan grave que no puede venir aquí, y los obispos de los bávaros se han reunido en Francia para la asamblea real.» Y él dijo: «Señor, ¿qué debemos hacer entonces?» El santo obispo le dijo: «¿Sabéis encomendar a la tierra el cuerpo de un hombre?» Él dijo: «Si se tratara de una persona sobre la que debiera hacerse nuestra encomendación, no tendríamos temor de ello.» El obispo le dijo: «Cuando llegue el tiempo, haced en esto lo mejor que podáis; el Señor proveerá quien encomiende mi cuerpo.» Dicho esto, el mencionado presbítero volvió a la lectura y siguió en ella, como solía, hasta que, al sonar la señal, se anunció la hora de las alabanzas vespertinas. Las lecturas eran las Vidas de los santos Padres y el libro de san Gregorio que llaman de los Diálogos, cuyo último libro trata largamente de los que, arrebatados fuera del cuerpo, vieron muchas cosas en espíritu y volvieron de nuevo al cuerpo. Viviendo de este modo, esperaba hermosísimamente el día de su muerte, y a veces veía en espíritu muchísimas cosas, de las que contó unas pocas a los que estaban con él.

Entretanto, a Werinhario, abad del monasterio llamado Fulda, que había venido a visitarlo, le dijo entre otras cosas: «Tú deberías ser obispo aquí después de mí; todos te eligieron menos dos, y si esos dos hubieran concordado con los demás, tu elección habría quedado sin duda consumada.» Y dicho esto, tomando las manos de Attelino, entonces mayordomo, y de Hiltino, el camarero, los encomendó a su fidelidad, y lo dejó partir con caridad.

XXVII

En otra ocasión, un día, despertando como de un sueño pesado, dijo, oyéndolo los que estaban sentados junto a él: «¡Ay, ay, que alguna vez haya visto yo a ese sobrino mío, Adalberón! Porque, por haber consentido con él conforme a su deseo, no quieren recibirme sin castigo en su compañía.» Y dicho esto, calló al instante. Las fuerzas de su cuerpo, menguando de día en día, decaían tanto que no podía entrar en la iglesia sino sostenido por dos.

Y cuando, en la fiesta de los santos Marcos y Marceliano, que es el día decimocuarto antes de las calendas de julio, fue conducido a la iglesia para oír misa, terminada la misa mandó que le tendieran un tapiz ante la santa cruz, y se postró sobre él. Y cuando había estado allí tendido como media hora, se levantó, hizo venir a su camarero, el presbítero Liutpaldo, y le mandó traer a su presencia todas las cosas suyas que tenía a su cargo y ponerlas ante el altar, salvo que dejó un ajuar para la casa y las mesas y una cubierta de piel de

marta para servicio de su sucesor. Cuando se las pusieron delante y él las hubo mirado, dijo: «¿De qué me sirven ahora todas estas cosas?» Aunque a él le parecían muchísimas, no pasaban de unas pocas camisas de lino, siete u ocho manteles, dos mantas de lana y diez sueldos de plata, que puso en seguida en manos del preboste Gerardo para que se repartieran a los pobres. Todo lo demás dispuso que se repartiera entre los clérigos de aquel lugar.

De sus vestidos envió algunos a Antonio, varón venerable, a quien él había encerrado antes como recluso en Ottobeuren en nombre de Dios. También envió vestidos a un tal Ruozo, que no tenía movimiento en sus miembros sino de los brazos hacia arriba, y al que se le había construido una morada en el cementerio del monasterio de Kempten, levantada del suelo a modo de lecho, para que lo que había digerido cayera a tierra y quedara apartado de la morada; porque antes, cuando el obispo residía en ese monasterio, había visitado muchas veces en persona a dicho pobre y había escuchado de buena gana la dulzura de su conversación, ya que ese mismo pobre permanecía siempre, con la puertecilla cerrada, en las alabanzas de Dios y en oraciones día y noche. ¡Oh, qué lengua podrá describir a un varón de tanta benignidad, que, puesto en sus últimos momentos y con tanta distancia de por medio, no dejó de vestir a Cristo! Sin duda porque siempre estaba a su lado aquel que quería que él vistiera a sus miembros.

Repartidas estas cosas, mandó al mayordomo y a otros de sus fieles y servidores que quiso que, en todos los lugares pertenecientes a su servicio, todo lo que se encontrara en ellos se dividiera en tres partes, y que la tercera parte se diera en seguida, viviendo él todavía, a los presbíteros y a los pobres con previsora distribución; y así se hizo. Ciertamente, aunque el cuerpo estaba retenido por una grave enfermedad, sus sentidos, su ánimo y su voluntad no podían ocuparse sino en perseverar en piadosos propósitos.

XXVIII

Así pues, el santo día de la Natividad de san Juan Bautista, a la hora prima del día, el bienaventurado Ulrico, como despertado de repente del sueño, dijo a sus camareros: «Ponedme mis vestidos y mi calzado.» Ellos vacilaban por su gran debilidad, dudando si les mandaba aquello en un éxtasis de la mente o por falta de juicio; pero, cumpliendo su mandato, le pusieron sus vestidos y su calzado. Al instante mandó que le pusieran los ornamentos de la misa; y una vez revestido, recorrió la iglesia madre y llegó a la iglesia de San Juan Bautista, que él mismo había edificado antes y consagrado en su honor, y allí celebró con vigor y esmero la misa que solía cantar al alba en esa fiesta cada año; y terminada esta, comenzó al punto la misa pública y la llevó a cabo con suma devoción, con la ayuda de Dios. Cuando, de pie y sin ayuda de otros, hubo llevado decorosamente a su término ambas misas con las bendiciones, se sentó y dijo a los clérigos que lo

asistían: «Estos misterios que por don de Dios acabo de celebrar no los emprendí por las fuerzas de mi cuerpo, sino por un mandato: porque hoy, estando yo acostado en el lecho como adormecido, se pusieron ante mi lecho dos jóvenes de hermosísimo aspecto, y uno de ellos me decía: "¿Por qué no te levantas? Porque hoy debes celebrar la misa en San Juan Bautista." El otro le respondió: "¿Cómo puede hacerse esto, si por la debilidad de su cuerpo todavía no ha rezado Prima?" Pero el que me había hablado antes dijo: "Levántate y, según mi palabra, apresúrate a cumplir el misterio de Dios en dicha iglesia, porque hoy nadie más que tú cantará allí la misa."» Dicho esto, volvió a su cámara.

Y mientras esperaba el día de su muerte con mente devota y ánimo alegre, según las palabras del salmista David, que dice: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea mi alma a ti, oh Dios (Sal 42,2), aunque no lo dijo con palabras, mostró con hechos que pensaba partir de este mundo en la vigilia de los apóstoles Pedro y Pablo.

Ese mismo día, antes de que comenzaran las alabanzas vespertinas, mientras los guardianes de la iglesia echaban a vuelo todas las campanas a la vez, bañado y revestido con los ornamentos que tenía guardados para su muerte, se acostó como quien va a morir. Terminadas las Vísperas, se levantó del suelo con ayuda de otros y dijo como en secreto: «¡Oh san Pedro, ahora no has hecho como yo pensaba!» Y quedó algo consternado en su ánimo por esto.

Pero el dicho presbítero Gerardo le dijo: «Señor, no te entristezcas; recuerda más bien que lo mismo les sucedió a otros santos obispos; porque a uno se le dijo: "Hacia la fiesta de los apóstoles serás llevado de este mundo al descanso"; y cuando él esperaba morir en la fiesta de los apóstoles, se le prolongó el plazo hasta el octavo día, y entonces murió. Al obispo Casio de Narni se le dijo por medio de un presbítero azotado por un ángel: "Que no cese tu mano, que no cese tu pie; haz lo que haces, obra lo que obras; en la fiesta de los apóstoles vendrás a mí." Y el obispo, pensando que su muerte era inminente en la solemnidad de los apóstoles, que entonces estaba próxima, procuró prepararse en todo lo que pudo para dejar su cuerpo. Pero llegada la solemnidad, permaneció sano e incólume, y así siguió hasta que pasó el curso de siete años; y entonces, en ese mismo día, como se le había dicho, habiendo enviado por delante muchas buenas obras y cumplido el sagrado ministerio, partió felizmente de este mundo.» Al oír esto, el santo obispo recordó que era verdad y le respondió diciendo: «Bien has dicho, hermano»; y, aliviado en su mente, permanecía de buen ánimo y se mostraba dulce y afable con los que estaban con él: sin reñir a nadie, sin reprender a nadie, sin airarse con nadie, sin molestar a nadie, sin oponerse a nadie; no se le oía ninguna palabra de queja, sino que hizo todo el bien que entonces pudo a presentes y ausentes. A nadie negó el perdón; a todos los signó con la gracia de su bendición.

El dicho conde Riwino, su sobrino, aún no había vuelto de la asamblea real. De él decía a veces: «¡Oh Riwino, ojalá vinieras mientras vivo, para que pudiera verte!» Aquel año la solemnidad de los apóstoles Pedro y Pablo cayó en domingo, y desde ella, como dije, esperaba con las mejores disposiciones hasta que pasó el jueves; en aquella noche, antes de que pudiera distinguirse bien la aurora del viernes, hizo esparcir ceniza en forma de cruz, rociada con agua bendita, y se hizo acostar sobre ella; y así yacía hasta que la aurora iluminó toda la anchura del orbe. Entonces Riwino, de regreso del palacio, entró y refirió en su presencia el mensaje del emperador. Habiéndolo visto, pues, y oído el mensaje, alzando los ojos según sus fuerzas daba gracias a Dios omnipotente, que, según las palabras del profeta David, cumplirá la voluntad de los que le temen (Sal 145,19), etcétera. Y al salir Riwino, al instante, en esa misma hora, mientras los clérigos cantaban devotamente la letanía, encomendó su alma a Dios; y en el año de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo 973, a los ochenta y tres años de su edad y cincuenta de su ordenación, el día cuarto de julio, cuarto antes de las nonas de ese mes, en viernes, adormecido por una feliz muerte como por un dulce sueño y librado de la cárcel del cuerpo, partió al descanso.

Ciertamente, cuando el santo cuerpo fue desnudado para lavarlo según la costumbre, llenó el olfato de todos los que estaban allí con la fragancia de un suave olor, que duró hasta que el cuerpo, lavado, revestido con las vestiduras preparadas

de antemano y puesto en el féretro, fue llevado a la iglesia.

Cuando el clero oyó que los obispos de los bávaros volvían de la dicha asamblea a su provincia, enviando un legado quisieron llamar al arzobispo Federico para la encomendación del sagrado cuerpo; pero cuando el mensajero llegó a él, lo encontró retenido por fiebres tan fuertes que de ningún modo podía venir. Mientras el enviado volvía de allí con tristeza, oyó que el venerable obispo Wolfgango quería ir al lugar llamado Nördlingen, y se apresuró a salirle al encuentro. Cuando llegó a él y fue saludado por él, oyó que quería ir a la ciudad de Augsburgo a visitar al santo siervo de Dios Ulrico, que yacía enfermo. Él le respondió: «El Señor ha mandado a tu santidad visitarlo; y yo he venido para esto: para anunciarte que ha muerto y para suplicarte, de parte de toda la comunidad que allí sirve a Dios, que vengas con presteza y encomiendes a Dios el santo cuerpo.» Al oír esto, el santo obispo quedó sumido en gran tristeza; esa misma noche, al alba, se levantó y emprendió el camino hacia Augsburgo. En el camino, al darse cuenta de que no podría llegar allí a tiempo, envió por delante al mismo legado para anunciar su llegada.

Entretanto el cuerpo era velado con cuidado y devoción por la comunidad en la iglesia de Santa María, día y noche, con oraciones y celebraciones de misas, hasta el domingo. El domingo, después de la primera misa celebrada por su alma, reunido el clero y llegada la comunidad de las monjas, con una gran multitud de pueblo de

las provincias, los presbíteros levantaron el cuerpo y comenzaron a llevarlo a Santa Afra, donde se le había preparado antes el sepulcro. Cuando llegaban a la colina llamada Perleich, llegó el dicho mensajero y anunció la venida del obispo Wolfgango. Ellos llevaron el cuerpo a la iglesia de Santa Afra y celebraron de nuevo con toda devoción la misa del sacrificio por el descanso de su alma. Como el obispo todavía no llegaba, y la hora del día no esperaba, sino que era inminente el tiempo de celebrar el oficio público de Dios, y la comunidad de los clérigos lo estaba cumpliendo con toda devoción, llegó el dicho obispo; y cuando fue recibido con honra y hubo terminado su oración, saludó a los hermanos y dijo: «¿Qué os parece: encomendamos hoy el sagrado cuerpo o lo aplazamos para otro día?» Los hermanos le respondieron: «Si a tu santidad le parece bien, a nosotros nos parece bueno que se anuncie a todos los que ahora están aquí presentes que mañana, a la hora conveniente, se reúnan aquí para la encomendación del sagrado cuerpo, y que tú ofrezcas a Dios el don del sacrificio de salvación por el descanso de su alma, mientras nosotros lo ofrecemos también; porque la hora conveniente ya ha pasado y tú estás rendido de gran cansancio.» Al oír esto, el obispo, asintiendo de muy buen grado a su consejo, esperó al día siguiente.

Aquella noche Hildegarda, esposa del dicho conde Riwino, casada pero muy piadosa, vino trayendo un lienzo empapado en cera, y pidió a los clérigos más principales que lo envolvieran con cuidado y en secreto alrededor del sagrado cuer-

po, para que los ornamentos sacerdotales con que estaba revestido no fueran consumidos pronto por la tierra; porque él mismo, aún en vida, había mandado que no pusieran bajo su cuerpo ningún entablado de madera, sino que lo depositaran sobre la tierra desnuda y lo cubrieran con una tapa de madera; y ellos, según su petición, envolvieron el lienzo alrededor del sagrado cuerpo.

Llegada la mañana, acudió una gran multitud de pueblo, y se reunieron los clérigos y las monjas que allí servían a Dios, y se les unieron también muchos de las provincias que ejercían oficios sagrados; y el prelado, mientras todos ofrecían el sacrificio por su alma, ofreció a Dios el sacrificio de salvación con gran contrición y humildad de corazón; y además, terminada la misa pública, exhortó a todos en común, con palabras sobrias y prudentes, a rogar devotamente por aquella santa alma con la intención más íntima del corazón, para que, desatada de todo vínculo de pecado, mereciera por don de Dios gozar para siempre del gozo perenne con los santos y elegidos de Dios. Cumplida por todos la oración según su palabra, el obispo sepultó el cuerpo y encomendó el alma con suma devoción y con lágrimas a Dios omnipotente. Los ministros, como se ha dicho, cubrieron el cuerpo con una tapa de madera, y encima, sobre los rebordes del sepulcro de obra, colocaron un grueso entablado de madera, y en la superficie de la tierra lo cerraron firmemente con piedras unidas entre sí. Hecho esto, el obispo fue a Augsburgo a orar. Cumplidas muchas oraciones, rogado en caridad por los hermanos, aceptó por

su santidad un ornamento de misa que había sido de san Ulrico, quien en vida tuvo gran abundancia de ellos; y despedido con honra, como mejor lo merecía, volvió a su tierra con Dios por compañero.

XXVIII

Tras la muerte del santo obispo Ulrico, Enrique, hijo del conde Burcardo, llegó a ser su sucesor, no entrando con prudencia en el redil de las ovejas, sino subiendo por otra parte (Jn 10,1); porque, aconsejado por Burcardo, duque de los alamanes, que tenía por esposa a la hija de la hermana de su madre, y por otros muchísimos, y también por algunos caballeros que con astuta habilidad deseaban que él les aumentara sus beneficios, comenzó a considerar con sutil consejo cómo podría usurpar para sí dicho lugar; aunque había llegado a su conocimiento que, en cierta asamblea invisible a los ojos carnales, en la que san Ulrico estuvo presente en éxtasis de la mente y lo oyó, el abad Werinhario habría sido destinado a este ministerio por toda aquella asamblea, para llegar a ser su sucesor, si dos hubieran concordado con los demás, como dije antes.

Algunos clérigos, acompañados por el abogado y por algunos otros caballeros del mismo obispado, emprendieron el camino hacia la corte del emperador llevando el báculo episcopal. Cuando llegaron a la ciudad de Worms, al monasterio de San Ciriaco, encontraron allí al duque Burcardo con su esposa, postrado por la enfermedad. Cuando le manifestaron el propósito de su viaje,

él los engañó con astutas maquinaciones; porque les dijo que el emperador residía en esos días casi en los últimos confines de su reino, que en el camino que debían seguir todo estaba caro sin medida y los pastos por todas partes estaban vedados, y que por eso no podrían sustentarse de ningún modo ni ellos ni sus caballos. «Dentro de pocos días nuestro emperador quiere celebrar una asamblea real en el lugar llamado Erinstein; allí podéis ir fácilmente; volved, pues, ahora, y cuando llegue mi mensajero de confianza para anunciaros el día de dicha asamblea, no dudéis en ir allí; porque allí me encontraréis como firme valedor vuestro, y sabed sin ninguna duda que en la elección episcopal estaré de acuerdo con vosotros.» Al oír estas palabras, creyéndolas verdaderas y asintiendo a sus consejos, se volvieron.

No mucho tiempo después llegó el mensajero del duque, les indicó que la asamblea real tendría lugar en dicho lugar y los exhortó a ir allí. Ellos, tomando al punto consigo a otros hermanos, se apresuraron a ir a dicho lugar. Cuando se acercaban al lugar llamado Baden, un mensajero que les salió al paso les dijo: «Enrique, hijo de Burcardo, a quien el emperador con sus fieles y el duque Burcardo han decretado que sea prelado de Augsburgo, os saldrá pronto al encuentro.» Al oír esto, los hermanos, entristecidos porque iban a ser privados de dicha elección del obispo, no siguieron adelante, sino que, volviendo atrás, esperaron en un lugar oportuno hasta poder acompañar desde allí al dicho Enrique.

Ese mismo día, cuando llegaron al campamento los caballeros que venían de parte del duque Burcardo con Enrique, comenzaron a rogar a los clérigos que se les habían unido que aprobaran allí mismo, en común, a Enrique como obispo. Ellos pidieron un plazo hasta que todos los hermanos se reunieran en casa en capítulo común. Como los caballeros lo rechazaron y discutieron largamente entre sí, volvieron a Enrique y, con algunos clérigos, lo eligieron para que fuera obispo sobre ellos; pero algunos, que no lo eligieron, llegaron a Augsburgo, donde estaban los demás hermanos.

Cuando llegaron a Augsburgo, así divididos en cuanto a su elección, vino a la comunidad un conde llamado Wolverado con algunos otros hombres, como trayendo un mensaje del emperador, y dijo: «El emperador os envía su favor, su misericordia y todos sus buenos deseos, y os pide que también vosotros, por amor a él, no rehuséis elegir unánimemente como vuestro prelado a este señor Enrique, a quien él con sus fieles ha decretado que sea pastor en este lugar.» Pero este mensaje había sido urdido por un consejo fraudulento. Le respondieron: «Venga él con vosotros a nuestro capítulo para oír nuestra respuesta.» Y cuando a duras penas consiguieron entrar en el capítulo, se leyeron las lecturas canónicas sobre la elección de los prelados. El dicho Enrique, al oír por las lecturas recitadas en su presencia que estaba en poder de los canónigos elegirlo o rechazarlo, postrándose, les pidió humildemente que no desdeñaran elegirlo obispo, prometiéndoles,

si accedían a su petición, toda clase de favores en lo sucesivo. Ellos, creyendo en sus promesas, unos de buen grado y otros por evitar discordias, decretaron sin embargo todos en común que él fuera obispo. Cuando esta elección se dio a conocer en la iglesia a los caballeros y a la servidumbre, fue confirmada por todos al son de las campanas.

Entonces, por fin, el dicho Enrique, tomando consigo a algunos canónigos, fue al emperador y, respaldado por el testimonio de otros, le comunicó en su presencia su elección, suplicando humildemente que la alteza de su potestad imperial le concediera el mencionado pontificado. El emperador no contradijo su petición ni la cumplió en seguida, sino que prometió acceder a ella cinco días después, en la solemnidad de san Mauricio; y así lo hizo. Después, en el tiempo fijado, fue a Maguncia y recibió la bendición episcopal del arzobispo Ruperto y de sus sufragáneos.

En aquellos tiempos Otón, hijo de Liudolfo, hijo del emperador Otón, era duque de los alamanes, y Enrique, hijo de Enrique, hermano del mismo emperador, era duque de los bávaros; y estos, aunque por su cercano parentesco hubieran debido estar unidos por la caridad, por maquinación de Satanás, que aconseja el mal, comenzaron a ejercer entre sí envidias y discordias. Así pues, el obispo Enrique se mantuvo en todo más afecto al duque de su mismo nombre y más conforme con sus consejos que con los del duque Otón, aunque la ciudad de Augsburgo estaba situada en el ducado de este. Por esta razón el duque Otón

comenzó a airarse contra él y a deliberar con sus fieles cómo oponérsele en todo lo que pudiera; y así lo hizo.

Además, el obispo, por consejo de algunos, quiso quitar sus beneficios a ciertos caballeros, sobrinos del santo obispo Ulrico, Manegoldo y Hupaldo, sin culpa alguna de ellos. Ellos, en cambio, viviendo aún el santo obispo Ulrico, habían sido enviados muchas veces por él en auxilio del emperador con una señorial multitud de caballeros, y en su servicio, cumpliendo con diligencia su voluntad en todo, permanecieron hasta que fueron despedidos en su gracia para volver a casa, honrados con regalos. También la reina declaraba ser pariente suya; por eso se negaron a devolver al obispo los beneficios recibidos y los retuvieron en su poder contra su voluntad. Así pues, el obispo, agobiado por estas y otras muchas adversidades, se entristeció.

En cierta ocasión, cuando el emperador Otón quiso invadir con un ejército el pueblo de los eslavos, y Otón, que entonces era duque de los alamanes y de los bávaros, depuesto Enrique, estaba dispuesto a ir en su ayuda con los alamanes y los nóricos, y el obispo Enrique prometía ir con él, este esperó con sus caballeros hasta que el ejército se alejó, y, como lo habían concertado antes, ocupó con sus caballeros las ciudades que pudo, y él mismo entró en Neuburg. Y Enrique, que antes había sido duque, entró en la ciudad de Passau con el propósito de someterse la provincia, con la ayuda de su pariente el obispo, una vez que Otón se hubiera alejado con el ejército. Cuando este

plan llegó a conocimiento del duque Otón, volvió con el ejército de ambas provincias y lo sitió en dicha ciudad, Passau. Y el emperador Otón, librado de los eslavos por la clemencia de Dios, vino tras él a la misma ciudad para sitiarla. Terminado el asedio y apaciguada la revuelta, cuando el emperador volvía a Sajonia, después, en un tiempo fijado, Enrique, hijo de Enrique, y su homónimo, el hijo de Bertoldo, fueron convocados a una asamblea del emperador; y con ellos fue también el obispo Enrique ante el emperador para disculparse de la dicha culpa, a fin de merecer, restituido a su gracia, volver a lo suyo. Terminada la asamblea, Enrique y su homónimo fueron enviados al destierro. El obispo Enrique fue entregado en custodia al abad de Werden, donde descansa san Ludgero. Y mientras lo custodiaban allí con gran cautela desde Pascua hasta después de la Natividad de san Juan Bautista, se celebró una asamblea imperial en la villa llamada Dortmund. Allí acudieron dos presbíteros de Augsburgo, Gerardo y Anamoto, y, con la intercesión del duque Otón y de los obispos que se hallaban allí, suplicaron, no solo por sí mismos, sino por todos los clérigos y laicos que habitaban en aquel obispado, que no estuvieran largo tiempo privados de la custodia de su obispo. El emperador, atendiendo a la petición del duque Otón, de sus otros fieles y de los dichos clérigos, mandó que el obispo fuera traído del destierro y, renovado en su presencia el juramento de fidelidad, le concedió volver con su gracia a su obispado.

Restituido en su sede, el obispo comenzó a considerar en su ánimo por qué culpas le habían sobrevenido con tanta frecuencia adversidades tan diversas, a él, a quien el duque agraviaba de muchas maneras más que a sus predecesores; y como los principales de los caballeros se atrevían a retener sus beneficios contra su voluntad, y los más escogidos oficiales de la servidumbre de su padre habían perecido de repente de diversos modos, preguntó en secreto a los clérigos de su confianza si san Ulrico había dicho del abad Werinhario que debía ser su sucesor, como antes se le había dicho. Y cuando supo de veras que era verdad lo que antes no había querido creer, se espantó vehementemente, pero no lo manifestó en público; y se espantó aún más porque entonces, por concesión de Dios, se obraban con frecuencia grandes signos y prodigios en el sepulcro del santo obispo Ulrico. Entonces, por fin, cambiado a mejor de muchas maneras, procuró reconciliarse con Dios; mandó cubrir la iglesia madre con un tejado nuevo y construyó un puente sobre el río Lech, junto a Santa Afra. Y mandó que nadie de la servidumbre cobrara por el puente peaje ni pago alguno, sino que, como limosna suya, pasaran por él cuantos quisieran sin oposición ni embargo.

Después visitó Roma y los umbrales de los santos apóstoles Pedro y Pablo para el perdón de sus pecados. Y antes de emprender el viaje hacia allí, había una propiedad en Geisenhausen que se sabía que su padre Burcardo había poseído y que él había entregado ante testigos a su fiel

Eticón, con esta condición: que la transfiriera firmemente allí donde se lo pidiera su hijo, el obispo Enrique. Y entonces, a petición del obispo, Eticón, junto con la mano de este, entregó legítimamente dicha propiedad, según la ley de los nóricos, a santa María, sobre su altar, situado en la ciudad de Augsburgo, y sobre un relicario dorado y adornado con piedras engastadas: con la iglesia y todos los edificios, con campos, prados, pastos, molinos, aguas y cursos de agua, caminos y descampados, poblaciones, bosques talados y sin talar, lo adquirido y lo que aún está por adquirir, y con la servidumbre y con todo lo que por derecho pertenece a dicha propiedad, salvo veinte mansos que dejó fuera de la donación y asignó al servicio de san Magno en Füssen; y convino con los canónigos que tuvieran la facultad, si querían, de permutar esos veinte mansos por diez mansos bien situados en esta provincia. La entrega se hizo en manos de Werinhario, el abogado, y en manos de Gerardo, el preboste, por el remedio de su alma y de las de su padre y su madre, de la hermana de su madre y de sus demás allegados y parientes, con este acuerdo: que permanezca perpetuamente como ofrenda en el derecho y la potestad de los canónigos, quedando a salvo en todo su sustento diario; y que ellos, por el descanso de su alma, celebren cada año, en la víspera del aniversario, a la hora de Vísperas, una vigilia completa cantada, y el día del aniversario cumplan de nuevo la vigilia, y, celebrada la misa en el altar, ofrezcan todos juntos a Dios la oblación del sacrificio; y además provean a cien pobres de suficiente comida y be-

bida, y vistan a doce de ellos, un año con vestidos de lana y al año siguiente también de lana, y les den calzas y calzado.

Pero si algún prelado sucesor suyo intentara romper este acuerdo y tratara de algún modo de quitar a los canónigos dicha propiedad para reducirla a su propio provecho, y, conocida por él la causa, no la restituyera en seguida, sus herederos legítimos tengan libre potestad de poner tres denarios sobre el altar y rescatar así la misma propiedad, y poseerla en derecho propio por todas las generaciones futuras.

Hecho en Augsburgo, en la iglesia de santa María, Madre de Dios, ante el altar, por obra del obispo Enrique, en presencia de los canónigos, ante una multitud de pueblo y ante los testigos anotados abajo.

Signo de Eticón, que hizo esta donación. Signo de Adalberón. Signo de Jagob. Signo de Marahnurat. Signo de Willehalm. Signo de Hunurid. Signo de Engilmar. Signo de Wezzi. Signo de Pilgirim. Signo de Gundachar. Signo de Cadolt. Estos son de la provincia del Nórico.

Y estos, de la provincia de los alamanes. Signo de Werinhario, el abogado, que recibió esta donación junto con la mano de Gerardo, el preboste. Signo de Histipold. Signo de Gotebold. Signo de Reginhar. Signo de Suidger. Signo de Aribo. Signo de Vrolf. En el año novecientos ochenta de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, en la indicción octava, el día cuarto antes de las nonas de octubre, y el día vigésimo, jueves. Yo, pues, Gerardo, indigno presbítero, anoté el día y el año.

Cumplido esto, como dije, se dirigió a Roma y, cumplidos sus votos, volvió sano a su tierra. Pero por dentro lo atormentaba todavía una gran angustia de ánimo, porque el duque Otón, aunque exteriormente estaban en paz, lo obligaba más que a sus predecesores a prestarle servicio con los bienes de Santa María; y porque ciertos caballeros poseían contra su voluntad beneficios eclesiásticos que por derecho pertenecían a su potestad.

Como había nacido de padres nobles, tenía gran conocimiento del arte de la gramática y de otros libros, y abundaba con mucha propiedad en dulce conversación y en palabra bien sonante, fue diligente en las santas solemnidades, en el servicio de Dios y en la predicación. En su mesa tenía un servicio señorial, y ofrecía a los que estaban con él abundancia de comida y bebida con rostro alegre y ánimo apacible. Pero con la servidumbre fue más duro de lo justo, quitándoles sus derechos y creando en algunos lugares un nuevo censo. Entonces, por fin, comprendió que no podía superar las adversidades antes mencionadas si no le ayudaba Dios y obraba en su favor la gracia de la alteza imperial, y se esforzó con todo empeño por ligarse al servicio del emperador, para que, ganando su gracia, todas las contrariedades que de todas partes le amenazaban por obra de otros se mitigaran con su presencia y con sus mandatos. Por eso lo visitaba muy a menudo con regalos dignos de un emperador, procuraba ganarse con dones adecuados a los privados del emperador, y además iba con él en las expedicio-

nes militares, del modo que juzgaba que más le agradaría.

Así pues, en el año de nuestro Señor Jesucristo 983, el emperador fue con un ejército a la provincia de Calabria, y allá fue también con él el obispo Enrique; y cuando se libró allí una batalla con los sarracenos, en la que murieron muchísimos de una y otra parte, ¡ay, dolor!, también él se quedó allí, ya cautivo, ya muerto. Su pérdida es de lamentar sobremanera, porque el lugar donde yace no puede ser hallado ni visitado por sus clérigos, ni por sus allegados, parientes y amigos. Es muy peligroso traspasar un decreto de Dios revelado por medio de sus santos y despreciar las profecías, pues dice la Escritura: No apaguéis el Espíritu, no despreciéis las profecías (1 Tes 5,19-20).

Después, Werinhario, preguntado por el emperador si quería aceptar el obispado, como antes había dispuesto san Ulrico, estando todavía sano e incólume, respondió que ya no quería aceptar este obispado. Tras rehusar el obispado, según supe por sus servidores, a las pocas horas comenzó a enfermar y terminó su vida en Luca; y su cuerpo fue llevado hasta la iglesia del Santo Señor y sepultado con honra. También el duque Otón murió en Luca, y fue llevado por los suyos a través de las montañas y conducido hasta Aschaffenburg, y allí, con gran honra y enorme lamento, fue entregado a la tierra.

MILAGROS DE SAN ULRICO

I

Después de que el precioso tesoro del sagrado cuerpo de Ulrico fue encomendado a la tierra, se puso un tapiz sobre el sepulcro, y una luz colocada junto a él ardía continuamente sin interrupción. Uno de los guardianes puso descuidadamente junto al sepulcro una vela encendida; cuando él se retiró, la vela cayó atravesada sobre el tapiz del sepulcro y siguió ardiendo hasta que el fuego consumió la parte de la vela que yacía sobre el tapiz; y mientras ardía pegada a la parte delantera del tapiz que sobresalía del sepulcro, lanzando la llama hacia arriba a lo largo del tapiz, llegó el guardián, y al verlo quedó tembloroso y pasmado; temeroso, quitó lo que aún quedaba de la vela y examinó con cuidado el tapiz por si el fuego lo había dañado en algo: encontró rastro del fuego en unas minúsculas migajas de cera, pero no pudo hallar quemado ni un solo pelo del tapiz, ni encima ni en el costado del sepulcro. Cuando contó este milagro a su maestro y a los hermanos, y les mostró el rastro de la vela y, sin embargo, el tapiz intacto, todos, llenos de admiración y de gozo, glorificaron a Dios y a san Ulrico.

II

Aunque todavía no se sabía que allí se hubiera obrado abiertamente milagro alguno, una multitud de la servidumbre de ambos sexos, postrada continuamente en el pavimento junto al lugar donde yacía el santo cuerpo, imploraba ayuda en sus necesidades; y advirtiendo que de allí le venían muchos auxilios de toda clase de provecho, comenzó a visitar aquel lugar con mayor

frecuencia. Así pues, cuando por la asiduidad de los visitantes, con la gracia del Señor, aquel lugar se había dado a conocer a muchísimos, llegó un hombre de la provincia del Nórico llamado Reginwalech, que, agotado por la fiebre durante un año entero y reducido a una debilidad extrema, fue a ver a Wicfrido, preboste de aquel lugar, y le preguntó si podía indicarle algún remedio para su curación. Él le respondió: «Ve y procúrate un bastón, y llévalo al sepulcro de mi señor san Ulrico para recobrar tu salud.» Él se fue de allí, se cortó un bastón de madera de abedul y lo llevó al dicho preboste. El preboste fue con él, lo condujo al santo sepulcro y le indicó que pusiera el bastón sobre él. Sostenido además por la oración de los clérigos y fortalecido en la fe por su enseñanza, en esa misma hora quedó libre de la fiebre y recobró manifiestamente la salud.

En ese mismo tiempo, en estas regiones, una increíble multitud de gente padecía fiebres. Cuando oyeron que el dicho hombre había sido liberado junto al santo sepulcro, como dije, unos con bastones y otros añadiendo además otras ofrendas, se apresuraron a visitar el santo sepulcro para obtener su salud. Y todos ellos, vinieran de donde vinieran, recobraban rápidamente la salud.

III

Uno de la servidumbre de Santa María, llamado Hisenhart, tomó uno de los bastones que los enfermos llevaban al sepulcro, y, llevándolo en la mano, comenzó a alejarse de allí; y cuando llegó

a la colina llamada Perleich, comenzó a padecer gravemente de fiebre. Entonces, presintiendo por qué culpa había sido entregado a la enfermedad, volvió al sepulcro, restituyó el bastón al lugar de donde lo había tomado e hizo voto de no atreverse nunca más a llevarse ninguno de allí; y hecho el voto, la fiebre lo dejó.

IV

Un presbítero de la comunidad de Santa Afra, llamado Adelger, tomó del sepulcro dos bastoncillos hermosos a la vista y cómodos de llevar en la mano, y, olvidándose de sí, los llevó a su casa; y cuando se hubo sentado allí, lo invadieron frecuentes bostezos y un grandísimo erizamiento de la piel, y todos sus miembros quedaron presos de malestar, de modo que no tenía fuerzas para estar sentado como es debido, ni para andar, ni siquiera para acostarse. Él comenzó a pensar dentro de sí por qué lo agobiaba tan súbito desfallecimiento de los miembros; y levantándose, fue a ver al preboste Wicfrido y le contó lo sucedido. Él le dijo: «¿No te llevaste tú esos bastoncillos del santo sepulcro?» Él dijo: «Así lo hice.» —«Apresúrate — dijo el preboste— a volverlos a su lugar.» Hecho esto, desaparecido todo malestar del cuerpo, el presbítero recobró al instante su salud anterior.

V

Asimismo, cuantos de la multitud del pueblo tomaron en sus manos alguno de los bastones allí llevados para apoyarse en ellos durante los

sagrados misterios y esperar así con más comodidad el final del oficio, fueron sacudidos por un repentino acceso de fiebre; y conocida la causa de lo sucedido, arrojando los bastones, quedaron libres en esa misma hora.

VI

Divulgados estos casos y llegados por todas partes a conocimiento de todos, nadie se atrevía a llevarse de allí sin permiso ni el más pequeño bastoncillo; y por eso creció tal multitud de bastones que no se podían contar fácilmente ni colocar sin estorbo en los rincones de la iglesia. De ahí que se colocaran sobre las vigas de la iglesia donde está situado el sepulcro. Así pues, los sacristanes, por mandato de su maestro, los llevan con frecuencia al fuego, y con ellos ardiendo ablandan la cera para multiplicar las velas destinadas al servicio de Dios. Sin embargo, sobre las vigas quedarán siempre muchísimos, y los que los miran no creen que su número disminuya en nada. Cuelgan allí muchísimas muletas de los que, por concesión de la gracia de Dios, fueron librados allí de diversas enfermedades por los méritos de san Ulrico, y también pueden verse allí muchísimas figuras de otros, modeladas según los diversos miembros de los enfermos. También pueden verse ante las puertas de la iglesia los vehículos de los que llegaban allí tendidos en carros, lisiados por toda clase de debilidad de los miembros, y recibían la salud perfecta en todos ellos, y, dejando allí los carros con sus toldos, volvían contentos a pie.

VII

En el distrito de Geltenstein, la hija de cierta mujer había quedado del todo impedida de un brazo; y una noche se le dijo a la madre en sueños: «¿Por qué no llevas a tu hija con una lámpara al sepulcro de san Ulrico para que recobre la salud?» Ella, al despertar, contó el sueño a su hija, y lo más pronto que pudo la llevó allí con una vela; y recobrada la salud perfecta, la llevó de vuelta contenta a su propia heredad.

VIII

Del mismo distrito, de una villa llamada Toningewe, un hombre que tenía los oídos cerrados de modo que no podía oír nada, y la lengua atada de modo que nunca había podido proferir palabra alguna, fue llevado por sus hermanos al sepulcro de san Ulrico, y allí estuvo largo tiempo postrado, derramando lágrimas; y levantado por sus hermanos, fue conducido por los altares. Y cuando había comenzado a caminar y llegó ante el altar de san Donato, que está situado en la parte occidental de la iglesia, oyó el sonido de los clérigos que cantaban en el coro, y con voz todavía débil dijo a sus hermanos: «Mirad, oigo y puedo hablar.» Cuando, terminado el oficio divino, contaron esto a los clérigos, y estos comprobaron que verdaderamente era así, hicieron tocar las campanas y comenzaron a alabar a Dios en común; y terminada la alabanza, el dicho enfermo, agraciado con un habla perfecta y un oído sano, mereció volver a su casa.

IX

Un panadero de la servidumbre del obispo Enrique, llamado Liutnoto, perdió por su propia culpa el favor de su señor, porque había malgastado con gran descuido el trigo que se le había encomendado en las fincas del obispo. Como, gravemente amenazado por los oficiales del obispo, cayó en grandísimo temor, acudió descalzo al sepulcro de san Ulrico para ser librado del aprieto que le amenazaba, y allí pidió largo tiempo su ayuda con lágrimas. Y cuando volvió de allí, a los pocos días, con más facilidad de la que hubiera podido creer, recobró el favor de su señor. Desde entonces, confiando firmemente en su ayuda en todas partes, bebía con frecuencia por amor a él cuando tomaba refrigerio, y solía pedir a otros que bebieran.

X

Un día, el mismo Liutnoto fue a la casa de Razo, que entonces era un poderoso oficial del obispo, en la villa de Bobingen, y comió allí con él. Cuando, ya saciado, quiso marcharse, el dicho Razo lo instaba a beber más. Él no se atrevió a contradecir su petición, sino que tomó el vaso que se le ofrecía, diciendo: «Quiero beber este licor como la caridad de san Ulrico, por cuya ayuda fui librado de grandísimos aprietos.» Y cuando hubo apurado la copa y dado la vuelta al vaso con la mano, dijo: «Signado con esta caridad, estoy seguro de que hoy no podrá dañarme la maldad de adversidad alguna, ni espada alguna herir mi

cuerpo.» Razo le dijo: «Dame tu dedo, para ver si mi cuchillo puede herir ese miembro tuyo.» Él, al instante, con gran fe, le tendió el dedo. Él, tomándole el dedo, intentó sacar con la otra mano el cuchillo de la vaina para herir el dedo del dicho panadero, y con ese mismo cuchillo se hizo una gran herida en su propia mano; y soltó a toda prisa el dedo que tenía asido y también el cuchillo, y comenzó a lamentarse de su mano herida; pero el panadero, fortalecido en la fe, se retiró sano.

XI

Otro de la servidumbre, llamado Adelardo, iba a marchar desde la ciudad de Augsburgo a su casa, situada en la villa llamada Eitingen, cuando ante la puerta de la ciudad un hombre le invitó a beber con otros. Y cuando habían comenzado a beber, uno de los que estaban allí les pidió que tomaran un trago como la caridad de san Ulrico. Pero el dicho Adelardo soltó por su boca una palabra soez y rehusó tomar la copa de la caridad que se le pedía. Y cuando se había alejado un poco de allí, en lo llano del camino cayó su caballo y se le rompió la pierna; y así, llevado a su casa con trabajo, quedó impedido largo tiempo. Después hizo un voto al sepulcro de san Ulrico y, por don de Dios, recobró la salud; y desde entonces pedía con frecuencia a otros que bebieran la caridad que antes había despreciado.

XII

En la dicha aldea de Eitingen, un día en que muchos de la servidumbre se habían reunido para beber juntos, había entre ellos uno llamado Walterich, discípulo de Wicfrido, preboste de Santa Afra, el cual, al oír que allí pedían la caridad del santo obispo Ulrico, habló de manera necísima con boca profana, como enloquecido: «¿De qué me sirve la caridad de ese obispo, si no puede hacer más signos que un perro?» Apenas pronunció aquella palabra, entregado al diablo, perdió el habla humana y comenzó a emitir sonidos, enfurecido a la manera de un perro; y gañendo y ladrando, al cabo de poco tiempo, ¡ay!, terminó miserablemente su vida.

XIII

En la ciudad de Augsburgo, un herrero llamado Herevuns estuvo retenido largo tiempo por una gran enfermedad de todo el cuerpo, de modo que no podía andar sino ayudado por otros; y a veces, sostenido por dos muletas, con la cabeza inclinada casi hasta el suelo, a duras penas llegaba a atender las necesidades del cuerpo. Al oír que muchos enfermos sanaban con frecuencia en el santo sepulcro, comenzó a arrastrarse hasta allí más allá de sus fuerzas, saliendo de su casa al alba y llegando allí a duras penas antes de la hora tercia del día. Cuando lo había hecho muchas veces, en cierta ocasión, en Cuaresma, un viernes, al llegar a la puerta sobre la que está construida la capilla de san Miguel, se detuvo, cansado sobremanera y privado de todas sus fuerzas, diciendo: «Señor Dios, Padre omnipotente, dígnate ver con

cuánta debilidad he llegado ahora a este lugar, y por los méritos de tu santo confesor Ulrico ten misericordia de mí»; y después de descansar un poco, se arrastró hasta el sepulcro.

Terminada allí su oración, cuando, tomando sus muletas, quiso levantarse con la ayuda de su compañero, una muleta resbaló en el pavimento y él cayó de nuevo al suelo; y al caer, sus rodillas, encogidas hacia atrás por la contracción de los nervios, crujieron como mazos que se rompen, y sus piernas se extendieron sobre el pavimento. Cuando su compañero quiso levantarlo como de costumbre, le dijo: «Espera un poco; me parece que puedo levantarme y andar por mí mismo.» Dicho esto, dejando las muletas en el pavimento, se levantó y anduvo. Al instante tomó allí una cruz y, acompañado por los clérigos y los demás ciudadanos, caminó con vigor y sin bastón hasta Santa María, en la ciudad de Augsburgo; y cantadas allí en común las alabanzas de Dios, regresó en esa misma hora a Santa Afra llevando la cruz.

XIV

Un pobre siervo de nacimiento, de la villa llamada Messlinga, de nombre Hiltibaldo, fue herido de ceguera y permaneció en aquella ceguera dos años; y al tercer año, unos hombres del mismo distrito decidieron ir a la ciudad de Augsburgo a orar, y en ese mismo camino lo encontraron con su lazarillo, buscando el sustento de pueblo en pueblo, y le dijeron: «Ven con nosotros a la ciudad de Augsburgo y al sepulcro de san Ulrico; quizá allí puedas alcanzar misericordia.»

Él les respondió: «No tengo provisiones para mí y mi lazarillo, ni ofrendas que llevar a esos santos lugares.» Ellos respondieron: «Si vienes con nosotros, te ayudaremos cuanto podamos.» Accediendo a sus ruegos, fue con ellos a Augsburgo, y aquella noche esperó el día siguiente fuera de la iglesia, junto al santo sepulcro. Llegada la mañana, conducido dentro de la iglesia hasta el sepulcro, oró con devoción, y por don de la gracia de Dios recobró la luz de los ojos que antes había perdido; y levantando una cruz, acompañado por una gran multitud de pueblo, llegó a Santa María y refirió cómo había recibido la vista, dando testimonio en su favor sus paisanos.

XV

En cierta ocasión, cuando el santo obispo iba al sínodo del emperador Otón reunido en Ingelheim, un pobre de la villa de Affelterbach, llamado Rudpret, se le unió junto al camino llevando en el regazo sus entrañas, que se le habían salido del vientre por el ombligo; y cuando, abriendo el regazo, se las mostró al obispo, este mandó que le dieran un denario y le dijo: «Ve en la paz de Dios.» Poco tiempo después comenzó a mejorar de día en día, y, sanado el vientre, quedó libre de dicha enfermedad. Pero después este mismo hombre quedó cojo, de modo que no podía andar sino sostenido por unos banquillos, y perdió además por completo el uso de las articulaciones de la mano derecha. Después de estar retenido cuatro años por esta enfermedad, deseó ir al sepulcro de san Ulrico y compró cera para lle-

varla consigo al sepulcro; y comprada la cera, se le concedió la facultad de andar apoyado en bastones, dejando los banquillos. Y cuando llegó allí de este modo, su mano y sus rodillas recobraron la salud y volvieron a cumplir sus funciones, de modo que el mismo hombre regresó caminando erguido sin apoyos y saltando de alegría.

XVI

También del reino de Lotario un tal Luterico, que durante mucho tiempo había carecido de la luz de los ojos, vino al santo sepulcro, y terminadas sus oraciones recobró una vista clara.

XVII

Un clérigo que, por afán de aprender, solía permanecer en la ciudad de Augsburgo entre los escolares, al volver con sus parientes quedó mudo; y cuando ellos lo llevaron al santo sepulcro, dejó caer de su boca dos denarios sobre el sepulcro y recobró el habla que había perdido.

XVIII

Un ciego se propuso ir al santo lugar en tiempo de invierno con un lazarillo muy pequeño; y cuando hubo cruzado el río Schmutter y llegó a un largo arroyuelo, formado por pequeñas fuentes, que corría sobre el camino, su lazarillo no pudo prestarle ayuda, sino que, faltándole las fuerzas por el frío y el cansancio, cayó. Caído el lazarillo, el ciego, con gran angustia y tristeza,

caminó a lo largo del arroyuelo tanteando por todas partes con su bastón, y clamando a grandes voces a santa María y a santa Afra, y al santo siervo de Dios Ulrico, suplicaba con toda su alma que se le diera ayuda y misericordia. Y cuando, tanteando y clamando así, había llegado casi al final del arroyuelo, por don de la clemencia de Dios se le abrieron de repente los ojos y vio la luz; y volviendo atrás, levantó a su lazarillo y lo llevó hasta el santo sepulcro, alabando a Dios omnipotente y a sus santos; y allí refirió abiertamente a los clérigos y a todos los presentes lo que le había sucedido en el camino.

XIX

Había en la provincia de los francos una matrona riquísima y noble que, poseída por el diablo, sufría sobremanera; para su liberación se reunieron cinco obispos con muchísimos otros. Cuando apremiaban al diablo con oraciones y conjuros para que dejara el cuerpo poseído, gritando y aullando, dijo: «Si no viene aquí algo de las cosas del obispo Ulrico, no dejaré por mandato vuestro el vaso que poseo.» Y como repetía una y otra vez la misma respuesta, comenzaron a pensar en enviar legados a Augsburgo para conseguir algo de las cosas del obispo. Entretanto, mientras deliberaban esto entre sí, el diablo gritó por boca de la matrona: «¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Aquí cerca hay un presbítero que tiene un amito que fue del dicho obispo»; y, no de grado, sino por mandato de Dios, nombró al presbítero y el lugar donde vivía. Y cuando el presbítero, llamado, venía con

el amito, antes de que entrara en la casa, el demonio dijo: «¡Ay! ¡Ay! Ya viene el amito del obispo.» Dicho esto, gritando y doliéndose, dejó el cuerpo de la matrona, que quedó extenuado.

Preguntado el presbítero de dónde le venía el amito, respondió: «Una vez, yendo el obispo a una asamblea real, vino a nuestra iglesia y nos pidió que le cantáramos la misa; y cuando vio que queríamos revestirnos del alba sin amito, dijo: "¿Dónde está vuestro amito?" Yo le respondí: "No tengo amito." Entonces él mandó que se me diera este amito.» La matrona, librada del demonio y restituida al juicio y a la salud, envió por medio de mensajeros al sepulcro de san Ulrico todos los vestidos que llevaba aquel día, con sus calzas y su calzado; y les mandó también que anunciaran allí cómo, por concesión del Señor, había sido librada por sus méritos. Wicfrido, preboste de aquel lugar, que en aquel tiempo era también guardián de la iglesia, hizo hacer una dalmática con la saya de la matrona, y dispuso sus demás vestidos, como convenía, para el servicio de Dios, a fin de que esta señal de la misericordia de Dios quedara más a menudo en el recuerdo de la posteridad.

XX

En la región de los eslavos, el hijo del duque Boleslao cayó enfermo y llegó a tal debilidad que su padre y su madre y los demás amigos presentes desesperaban de que pudiera conservar por más tiempo la vida presente. Estando el padre en estas angustias, fue advertido por la madre del niño y por otros que sabían de cuántas maneras muchos

habían sido librados de diversas angustias por los méritos de san Ulrico; y al punto hizo voto de que, si su hijo volvía a la vida, enviaría legados a visitar el sepulcro de san Ulrico con ofrendas. Ese mismo día el hijo del duque volvió a la vida y dio a su padre no pequeño consuelo. Él, reconociendo la misericordia de Dios en su hijo, procuró enviar en seguida mensajeros y cumplir su voto. Ellos, llegados al sepulcro, ofrecieron cinco libras de plata y muchísimas monedas de oro, y tanta cera como podía cargar una fuerte acémila; y también la madre del niño envió aparte por su hijo una buena cantidad de denarios de oro. Los legados visitaron también con devoción el altar de Santa María con oro y otras ofrendas, como se les había mandado, y asimismo el altar de Santa Afra, y contaron por qué habían sido enviados, diciendo que antes de salir de su provincia habían dejado al hijo de su señor andando y sano.

XXI

En otra ocasión, un duque de los vándalos, Mieszko, fue herido en el brazo por una flecha envenenada. Al sentir que había sido herido con un veneno dañino, y pensando que la muerte le amenazaba en esa misma hora, hizo con gran fe y constancia el voto de no tardar en enviar a san Ulrico, lo antes que pudiera, un brazo de plata con su mano. Inmediatamente después del voto, aliviado del peligro, volvió a su casa y mandó hacer el brazo conforme a su voto. Y cuando los orfebres comenzaron a fabricar el brazo y modelaban en él la mano, el duque, librado al instante del peligro

que le amenazaba, se levantó, alabando a Dios, que por los méritos de su santo obispo lo había librado del peligro de muerte, y cumplió su voto enviando el brazo con la mano al sepulcro del santo varón.

XXII

Una mujer de la Retia de Coira, abandonando a su propio marido, se unió en matrimonio a un hombre del distrito de Albegewe llamado Durinc. Y cuando llevaba algún tiempo con él, fue poseída por un demonio y atormentada por él sobremanera. Como buscó en muchos lugares santos ayuda para su liberación y no la halló, recibió el consejo de ir al sepulcro del santo obispo Ulrico; y así lo hizo. Y cuando se acercaba a la ciudad de Augsburgo y pudo ver bien la iglesia de Santa Afra, cayó en tierra gritando y bramando, y quedó como muerta. El dicho Durinc, con sus acompañantes, procuró levantarla; y una vez levantada, recobró el sentido y quedó libre del demonio.

XXIII

Una pobre que vivía de las limosnas de Abraham, obispo de la ciudad de Frisinga, de la aldea llamada Camera, que tenía la mandíbula pegada al pecho y el habla del todo negada, y además las manos dobladas hacia los brazos y adheridas a ellos, de modo que apenas podía distinguirse la forma de los dedos, vino al santo sepulcro; y cuando, de regreso, caminaba por el puente del río Lech, un hombre le salió al

encuentro y le preguntó de dónde venía; ella no pudo responderle, sino que se volvió inclinándose hacia la iglesia de Santa Afra, para mostrarle de dónde venía; y al volverse hacia ella, la mandíbula se le soltó del pecho y se le concedió el habla para responder.

XXIV

Un ciego, al llegar con su lazarillo al río llamado Wertach, le preguntó si podía ver ya la ciudad y el monasterio. Y al oír que el santo lugar estaba cerca, se hizo quitar las calzas y el calzado para llegar allí descalzo; pero su lazarillo, arrebatándole el calzado y sus demás cosas, se alejó de él a escondidas; y el ciego pensaba que había entrado en la villa cercana por alguna necesidad y que volvería en seguida a ayudarlo. Y como esperaba largo tiempo, comenzó a llamarlo a gritos por su nombre para que viniera. Entretanto buscó también sus alforjas y su calzado, y no los encontró. Entonces se dio cuenta de que su lazarillo lo había despojado; llorando y orando, comenzó a clamar a santa María, Madre del Señor, a santa Afra y a san Ulrico, para que le llegara algún socorro de consuelo. Y mientras padecía la tribulación de esta prolongada aflicción, de repente vio con sus ojos una luz desconocida para él, y al instante señaló aquel lugar con una crucecita hecha de mimbres; y entonces visitó contento los lugares a los que se dirigía, dando gracias a Dios omnipotente y a sus santos por haber recibido la vista; y los vecinos de Hovarchusa, en el mismo lugar

donde encontraron la crucecita indicada, pusieron como señal una cruz mayor.

XXV

En cierta ocasión, cuando el pueblo acudía de todas partes a Augsburgo en la vigilia de la Natividad de santa María para celebrar allí solemnemente el santo día, una mujer, entre otros, se propuso ir allá con su hijito pequeño, para pesarlo junto al sepulcro de san Ulrico contra ofrendas por su salud. Y cuando quiso llevar por el puente del Wertach al niño, puesto sobre un carro con otras cosas, al inclinarse el carro por la desigualdad del puente, el niño cayó al río, que, muy crecido por una gran riada, amenazaba con la perdición a todos los que pasaban sobre él. Y cuando la madre, tristísima, quiso arrojarse al río tras el niño para su propia perdición, y a duras penas la sujetaban los presentes, las gentes de una y otra orilla del río se apresuraron por la ribera en auxilio del niño. Pero como ninguno de ellos pudo ayudarlo, sumergido en el río, desapareció de la vista de todos. La madre, apartada del río por la fuerza y consolada en lo posible, con llanto y lamentos buscó primero la ayuda de María, santísima Madre de Dios, y después fue al sepulcro de san Ulrico con las ofrendas que antes había decidido llevar allí por la salud de su hijo, y las entregó de buena fe por el descanso del alma del niño.

La noche siguiente, cuando el sueño se apoderó del afligido cuerpo de la mujer, se le apareció un anciano muy venerable con vestidura episco-

pal, que le dijo: «Mujer, ¿te duele mucho tu hijito?» Ella respondió: «Sí, señor.» Él le dijo: «Mañana al alba ve al río, y donde se le vio por última vez en el agua, búscalo en la orilla del río entre los matorrales.» Ella, al despertar, esperando a duras penas a que llegara el día siguiente, fue con quienes la ayudaban a la orilla del río, y, según la palabra del santo varón, encontró a su niño sano y salvo. Entonces volvió contenta alabando a Dios, y contó lo sucedido en la ciudad y en todas partes.

XXVI

Un hombre que vivía junto al Danubio, mientras todo el pueblo celebraba solemnemente y por propia iniciativa la fiesta de san Ulrico, juntó el heno en montones con rastrillos, despreciando el santo día. Cuando al día siguiente llegó con carros para llevarlo a su henil, lo encontró hermoso por fuera; pero cuando tocó el interior con una horca de madera, lo halló todo convertido en ceniza; y el santo día que antes no había querido celebrar, después, por temor, no se atrevía a despreciarlo.

XXVII

En ese mismo tiempo, una criada de cierta matrona llamada Gerbirc estaba trabajando en su tela, tejiendo, cuando un dolor repentino comenzó a contraerle las manos; y cuando, lamentándose, se lo dijo a las demás, le respondieron: «Deja el hierro del telar, porque este padecimiento te

ha venido por la culpa del trabajo de hoy»; y ella, soltando a duras penas las manos del hierro, se metió en la cama. Y como allí no hallaba descanso por la contracción de las manos, sus compañeras de servicio se lo comunicaron a su señora; y ella mandó que a la mañana siguiente, al alba, la llevaran al sepulcro de san Ulrico para su liberación. Y cuando, cansadas en el camino, hacia la hora nona, se sentaron en la llanura del Lechfeld para reponer fuerzas, el dolor comenzó a menguar en las manos de la que sufría, de modo que, antes de que se levantaran de aquel lugar, sus manos recobraron el uso de su anterior rectitud. Entonces llegaron contentas al lugar al que se dirigían, y de allí a la ciudad, a la iglesia de santa María, Madre de Dios. Llegadas después de Vísperas, nos contaron estas cosas tal como habían sucedido, y volvieron contentas a su casa.

XXVIII

Una noble matrona de la provincia de los borgoñones, habiendo decidido ir a la ciudad de Augsburgo a orar, mandó que la acompañara un cojo que vivía de sus limosnas; y encomendó el caballo de este a dos de sus servidores para que le herraran los cascos, como es costumbre para los que van de viaje. Ellos, con engaño, hirieron con los clavos los cascos del caballo, para que en el camino no fuera, como solía, delator de sus acciones por fidelidad a su señora. Y dijeron al cojo: «Tu caballo cojea, y por eso tienes que quedarte aquí.» El cojo les respondió: «Aunque el caballo cojee, no consiento en quedarme aquí; Dios om-

nipotente, que todo lo puede, puede también llevarme, como le plazca, a los lugares adonde me dirijo.» Y cuando emprendió el camino con los demás, llegó a Augsburgo con el caballo sano y apto. Y mientras prolongaba allí su devota oración junto al sepulcro de san Ulrico e imploraba con fe firme la clemencia de Dios por su salud, recobró la salud en presencia de muchos. Al ver esto, los dichos hombres, que habían querido impedirle el viaje por medio del caballo, cayeron en tierra, confesando sus faltas a los clérigos y a los demás que estaban presentes, y pidiendo perdón por haber querido impedir al cojo que llegara al lugar donde el Señor, por los méritos de san Ulrico, se dignó sanarlo. Y recibida la penitencia, siguieron al cojo sanado, que llevaba una cruz, cargando cada uno una piedra tan grande como podía levantar, hasta la iglesia de santa María, Madre de Dios, que está en la ciudad; y allí lamentaban mucho sus pecados, pidiendo perdón con lágrimas. Y cuando se hubo referido este signo en presencia de todos, cantando los clérigos el Te Deum laudamus y el pueblo el Kyrie eleison, tributaban a Dios acciones de gracias y alabanzas.

XXIX

Un hombre joven, hijo de cierto conde, estaba retenido por una enfermedad tan grande que ni siquiera podía volverse en el lecho del otro lado si no lo ayudaban otros, ni pudo tomar alimento durante mucho tiempo, salvo que lo reanimaban con unos pocos bocados que le ofrecían. Agotado por tan terrible padecimiento, fue llevado por sus

fieles en su lecho al sepulcro de san Ulrico, y allí, presentadas sus ofrendas, imploró misericordia con lágrimas. Y cuando comenzaron a llevarlo en su lecho a Santa María, a mitad de camino empezó a rogar a los que lo llevaban que lo bajaran para andar. Ellos, no creyendo que pudiera andar, no quisieron bajarlo. En la puerta de la ciudad volvió a rogar que lo bajaran, diciendo que podía andar. Tampoco esta vez se lo concedieron. Pero cuando llegó a las gradas del atrio de la iglesia, suplicó a todos juntos, en nombre de Dios omnipotente, que bajaran el lecho y lo dejaran andar. Pero ellos, vacilando en la fe, no accedieron a su petición. Pero él, cuando conoció que la enfermedad se había apartado de él y que se le había concedido vigor por voluntad de Dios, saltó del lecho, y de allí llegó a la iglesia con paso firme, y volvió sano a su casa.

Epílogo

Basten estos pocos milagros aquí expuestos a los lectores deseosos de buenos ejemplos, de modo que no causen ni siquiera a los tardos y perezosos el hastío de un empacho excesivo. Porque si comenzara a enumerar uno por uno todos los beneficios concedidos por Dios a los que acuden al sepulcro de san Ulrico y regresan de allí, o a los enfermos y débiles junto al sepulcro, no podría acabarlo con la ayuda de nadie sino solo de Dios, que todo lo puede. Porque son tan numerosos que la capacidad de la agilidad humana no puede contarlos. Porque a algunos se les concedieron al instante, en sus propios hogares, después de haber hecho con devoción el voto de ir allí con ofrendas. A otros se les cumplieron en breve cuando todavía estaban lejos en el camino, a otros al acercarse, a otros al llegar, a otros al regresar de allí. Su fama ha volado con buen renombre no solo a las regiones vecinas, sino también a las lejanas, como lo manifiesta muy a menudo la frecuente afluencia de gentes que llegan de todas partes, cuando declaran aquí que en sus tierras se han obrado muchas maravillas de Dios por los méritos de san Ulrico, y que su verdadero conocimiento las ha movido a venir a estos lugares en sus necesidades.

Oído esto, ¡ea!, nosotros, que somos moradores de esta iglesia, que tantísimas veces vimos el rostro de tan gran patrono, que tantísimas veces recibimos su enseñanza y su bendición y contemplamos en él los mejores ejemplos, y que ahora, en recompensa de sus buenas obras, vemos y oímos continuos milagros y diversos signos en la liberación de muchos, ¿por qué no despertamos y no deponemos la desgana de nuestro deseo? Imitando cuanto podamos, por don de Dios, a aquel de quien hablamos, emprendamos con su ayuda el camino de la rectitud, por el cual merezcamos llegar a aquel que, en tres personas, en igualdad de divinidad, permanece uno, inmutable, Dios omnipotente, sin fin, por los siglos de los siglos. Amén.